



DA-2-208

R. 42.173



1
AC
209

ESMERALDA DE ORIENTE

OBRAS DE ISAAC MUÑOZ

NOVELAS DE ESPAÑA

Vida (agotada).
Voluptuosidad, 3 pesetas.
Morena y Trágica, 3 pesetas.
Alma Infanzona, 3 pesetas.

NOVELAS ÁRABES

La Fiesta de la Sangre, 3 pesetas.
Ambigua y Cruel, 3 pesetas.
Lejana y Perdida, 3 pesetas.
Esmeralda de Oriente, 3 pesetas.

ESTUDIOS

Libro de las Victorias, 3 pesetas.
La Agonía del Mogreb, 3 pesetas.
Política Colonista, 3 pesetas.
En el País de los Cherifes, 3 pesetas.
La Corte de Tetuán, 2 pesetas.
En Tierras de Yebala, 3 pesetas.

ISAAC MUÑOZ

ESMERALDA
DE ORIENTE

NOVELA MOGREBI

MCMXIV

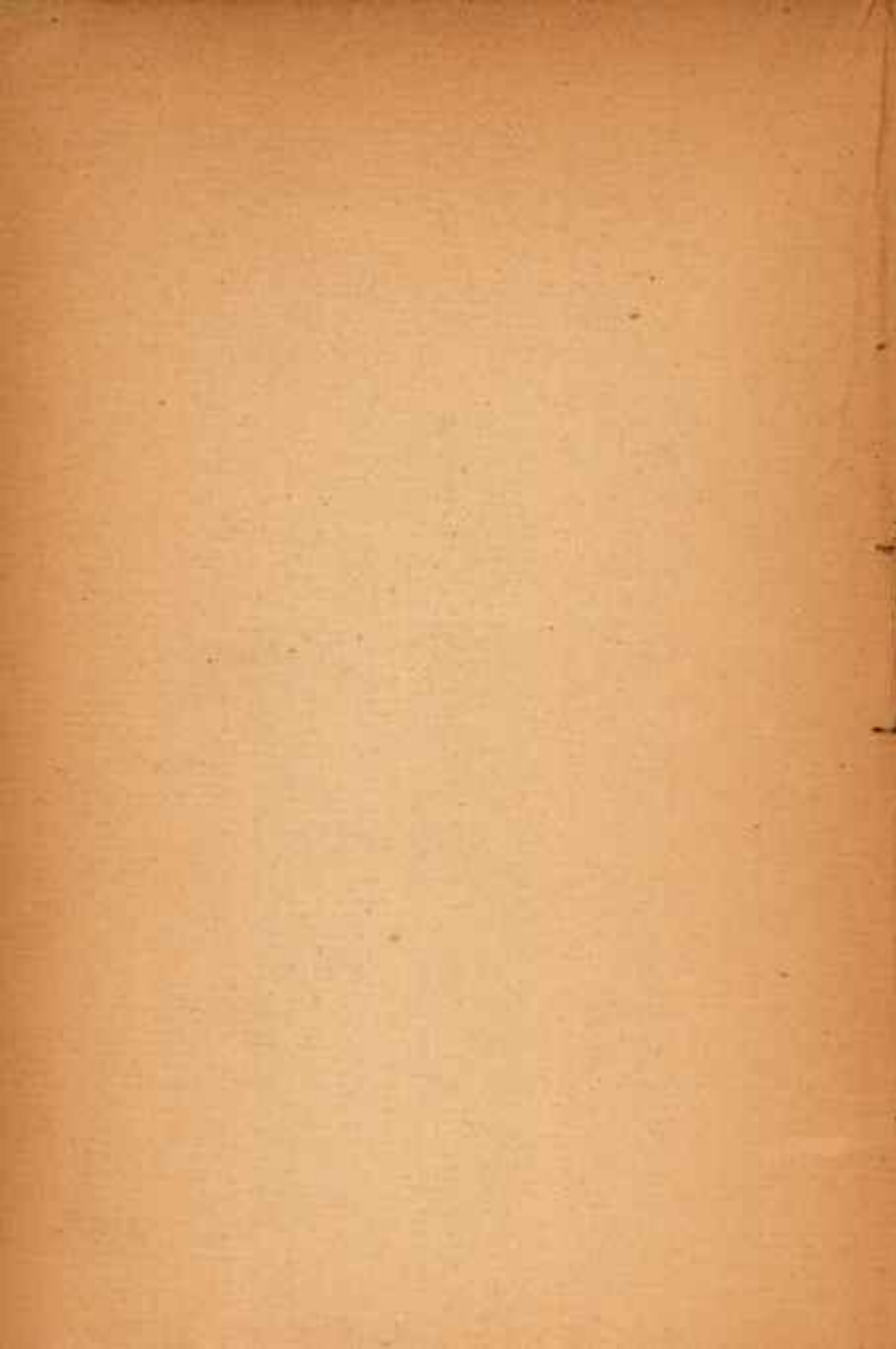
IMPRESA DE JUAN PUEYO

MESONERO ROMANOS, 34

MADRID

ES PROPIEDAD

UNAS PALABRAS



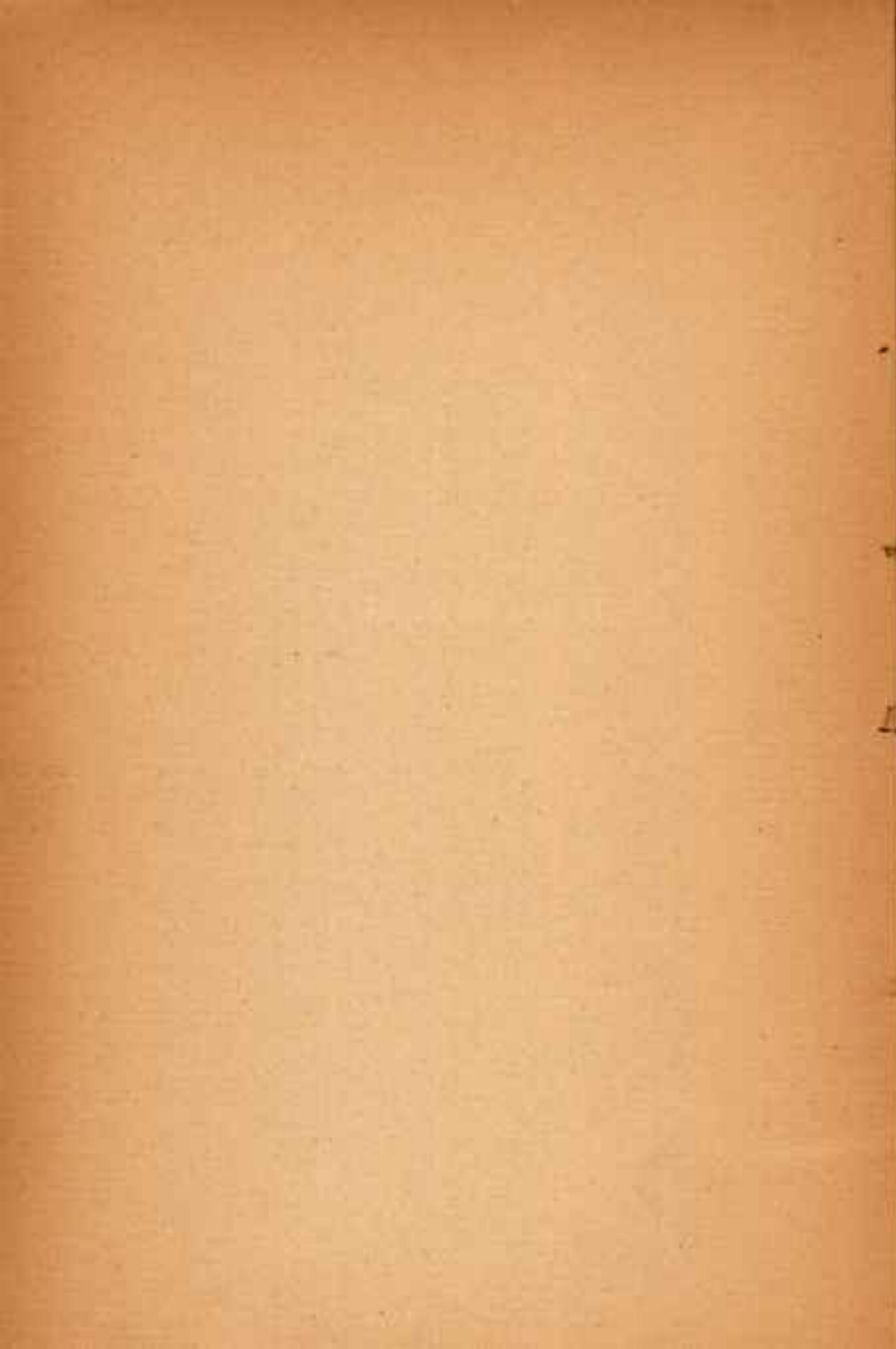
Alguien ha censurado acremente mi manera de novelar y ha dicho con dogmatismo definitivo que mis libros no son tales novelas. Ciertamente, con arreglo á los clásicos principios consagrados, mis libros no son novelas. ¿Que por qué les doy este nombre? No sé; tal vez por indiferencia.

Intentar explicar lo inexplicable, no es tarea que me proponga en estos momentos. He de advertir, no obstante, para que el lector no se llame á engaño, que mis libros no son entretenidas historias comadrescas, en

las que sólo tienen valor los elementos episódicos, accidentales y externos.

No tengo filiaciones. Escribo á mi modo. Mis libros son motivos espirituales, y, nada más.

CAPITULO PRIMERO



Reverberante y fugaz desaparecía la perspectiva de la ciudad, extraña y metalizada, como vista en un espejo resplandeciente de luz.

Todas las despedidas dejan una amarga huella inolvidable, y aquel adiós á la ciudad silenciosa y blanca, en donde tan ferozmente nos habíamos amado, tuvo una voluptuosidad cruelísima y una inquietante tristeza.

Perla miró la lejanía, meditativa y callada, y en sus ambiguas pupilas hubo una expresiva y resignada desolación.

Lo desconocido...

Caminábamos hacia aquellas mágicas y cerradas tierras del Sus, que guardan el secreto del sol, del silencio y de la muerte, á la patria enigmática de esos hombres azules, que tienen pupilas de panteras y fosfóricas agilidades de serpientes.

Perla, la hebrea de una sutil elegancia perturbadora y penetrante, de una espiritualidad tan compleja y tan rara, de un matiz tan anormal y tan exquisito, había nacido en aquel país acre, leonado y fulgurante, y en los pechos ásperos, velludos y morenos de una *susí*, había bebido aquella llameante fiereza que á veces relampagueaba en el fondo de su alma velada.

Muy niña la habían recogido unos viejos parientes de Stambul, y desde entonces, su alma soberbia y múltiple se había formado entre el fausto mile-

nario y sacerdotal del Oriente, y entre los refinamientos opacos y veloces de Europa.

París, Smirna, Viena, Benarés, Londres, El Cairo, Berlín, Damasco, habían sido sus patrias y habían abierto á su alma absorbente y ávida, sus vastas almas nuevas y antiguas, esplendorosas y sombrías.

Y aquella criatura, en la máxima gracia de la vida, lo amó todo, y á través de todos los fuegos, surgió profundamente singularizada y purificada.

La conocí uno de esos días de primavera temprana, aromados por un aire más excitante que el aliento de una boca de niña.

El crepúsculo ferviente aguzaba el ansia de amar, y sangrantes púrpuras cruzaban el cielo.

Y bajo aquella hechicería de fuego y de sangre, penetré en el lar florido de Perla, en el fragante jardín de la montaña que dominaba á Tánger y al mar.

Ella se me apareció con una expresión cruel y tenebrosa de máscara trágica, y vislumbre su alma llena de estridencias imprevistas, de perspectivas de alucinación.

De pronto, se velaron sus pupilas como devoradas por una fiebre salvaje, se tornó gentil su cuerpo, que era un antro de negras voluptuosidades, y se ofreció ligera, pensativa y silenciosa, como una dulce tarde de meditación.

El aire, aquel día, tenía algo de invisible y de secreto que torturaba como un ansia.

Yo sentía una apasionada vehemen-

cia, una inquietud imperativa y oscura.

Veía en ella como dos almas temblorosas de amor, y en una adivinaba el ritmo ágil, la vida flúida y tensa, y en la otra la ansiedad mordiente, la tendencia confusa hacia un imposible renacimiento, menos agobiado por el dolor ciego y estéril.

Y en mi espíritu se generó la melodía dulce y triste, milenaria é inmortal, del amor breve, de la belleza que pasa, de la juventud que no es sino un día de luz.

Algo inefable hizo que nuestros espíritus se perdieran en la magnificencia del sueño, más allá de los nervios tendidos.

Perla llevaba sobre su pecho una rosa á punto de marchitarse, que contenía un vago aroma de estanque y de melancolía.

Y en sus pupilas se reflejaba todo el crepúsculo surcado de fuegos, y la noche, cercana, llena de sombras, de fantasmas, de desesperaciones mudas y taciturnas.

Solos, en el extraño salón de tonos indecisos, sentimos que los deseos surgían en nuestra sangre insinuantes y fatales.

Perla me miraba con una persistencia febril, como enloquecida.

La noche se anunció en la estancia, envolviendo á la amada en una vestidura de tinieblas.

Ella fué toda noche, y en la oscuridad brillaron sus pupilas como alguna vez relucen en el fondo más oculto del alma los ojos de Satanás.

De la vieja ciudad misteriosa no venía ni un solo rumor vivo.

Aquella noche parecía sentirse más

que nunca el perfume vital de la vegetación.

Desde la terraza, se vislumbraba el alminar de una mezquita que soñaba eternamente mirando á las estrellas.

Y parecía que una agorera voz nocturna, nos suscitara un deseo turbulento y ciego de amarnos cruelmente, con un amor hecho de desesperaciones y de ansia de destrucción.

Yo me incliné hacia aquella alma llena de cráteres, de negras cavernas, consumida por el amor sobrehumano, y ágil y pronta para gustar la venenosa amargura del sacrificio.

¡Alma nocturna, acerbamente hecha de pasiones, de enigmas, de ferocidades y de dolores!

En sus pupilas, que llameaban entre las largas pestañas por el milagro de la voluntad, resplandecía una má-

ravillosa juventud eterna y la adivinación de los más impenetrables secretos de vida.

¿En qué abismos de tristeza había encontrado ella su fuerza, que era superior al dolor?

Todos los horrores del vivir la habían combatido sin piedad, todos los soles de la tierra habían calcinado los anhelos de su alma que fué pura, todos los tormentos habían poseído su cuerpo, que fué vibrante y ligero como una hoja á los vientos, y ella, sin embargo, se mantenía tal vez caduca, pero con el alma inquebrantable, presta á darse toda entera al amor, una, como la idea del tiempo ó de la muerte.

Yo ansiaba sentirla en mi mano, ardiente y fulguradora como un haz de llamas, y gustar en su carne tortu-

rada los recuerdos monstruosos y divinos, que habría de guardar misteriosamente, como se conservan las huellas espantosas y sangrientas de un crimen.

Y desde aquella noche, la hebrea fué la amada de los últimos días de mi juventud.

Estanques de una luminosidad metálica parecían centuplicar la luz del sol.

Con una violencia angustiosa, el espíritu sentía la áspera y desamparada soledad de apartarse quizá para siempre de amados parajes familiares.

Perla cabalgaba junto á mí, y con su voz siempre cálida, siempre inspirada, me decía:

—¿Por qué entristecerse? Vivir es caminar á lo desconocido, no saber nunca qué horizontes veremos maña-

na, y avanzar siempre, aunque sólo sea para producirnos la ilusión de que la vida es algo impreciso, sin horribles límites...

—Yo no comprendo sino las almas insaciables, las almas eternamente sedientas, para las cuales no existe nunca el término. Nuestro destino está siempre más allá, siempre más lejos de nuestros sueños.

—Todo lo que acabamos de abandonar es siempre el pasado, y el futuro tiene una magia más hechizada que el deslucido polvo de plata de los recuerdos.

—Dejar un lugar es así como morir, para renacer después en un paraje nuevo.

Cuando Perla acababa de hablar, en sus labios quedaba todo el encanto melodioso, enigmático y triste de sus

palabras, y en sus ojos, en los cuales fulgía el sol de Africa, había como una esperanza inquieta.

No sé qué presentimiento aleteante y obscuro me hacía daño en aquella hora de sol y de incertidumbre.

Recordé aquel instante decisivo, implacablemente trágico, en que huí para siempre de la tierra de España, tierra que fué para mí de maldición, y en que sentí que todo había acabado, y que mis pupilas áridas ya no contemplarían sino la nada.

Después, el caudal violento de la vida tornó á arrastrarme, y otra vez las antorchas de la pasión se encendieron salvajemente en mi alma.

Y el terror de lo desconocido venía una vez más á llenar mi alma de lívidos resplandores.

Otra vez mi carne de condenación,

mi carne que es llama del infierno, amó con esa crueldad insaciable, con ese ímpetu titánico que me transforma en fiera, y que me deja con la cara contraída y pálida como la de un muerto ó la de un asesino.

Aquella alma preciosa, llena de perspectivas inauditas, descubría ante mis pupilas fatigadas una vida nueva, una vida más expresiva, más ardorosa y más ávida.

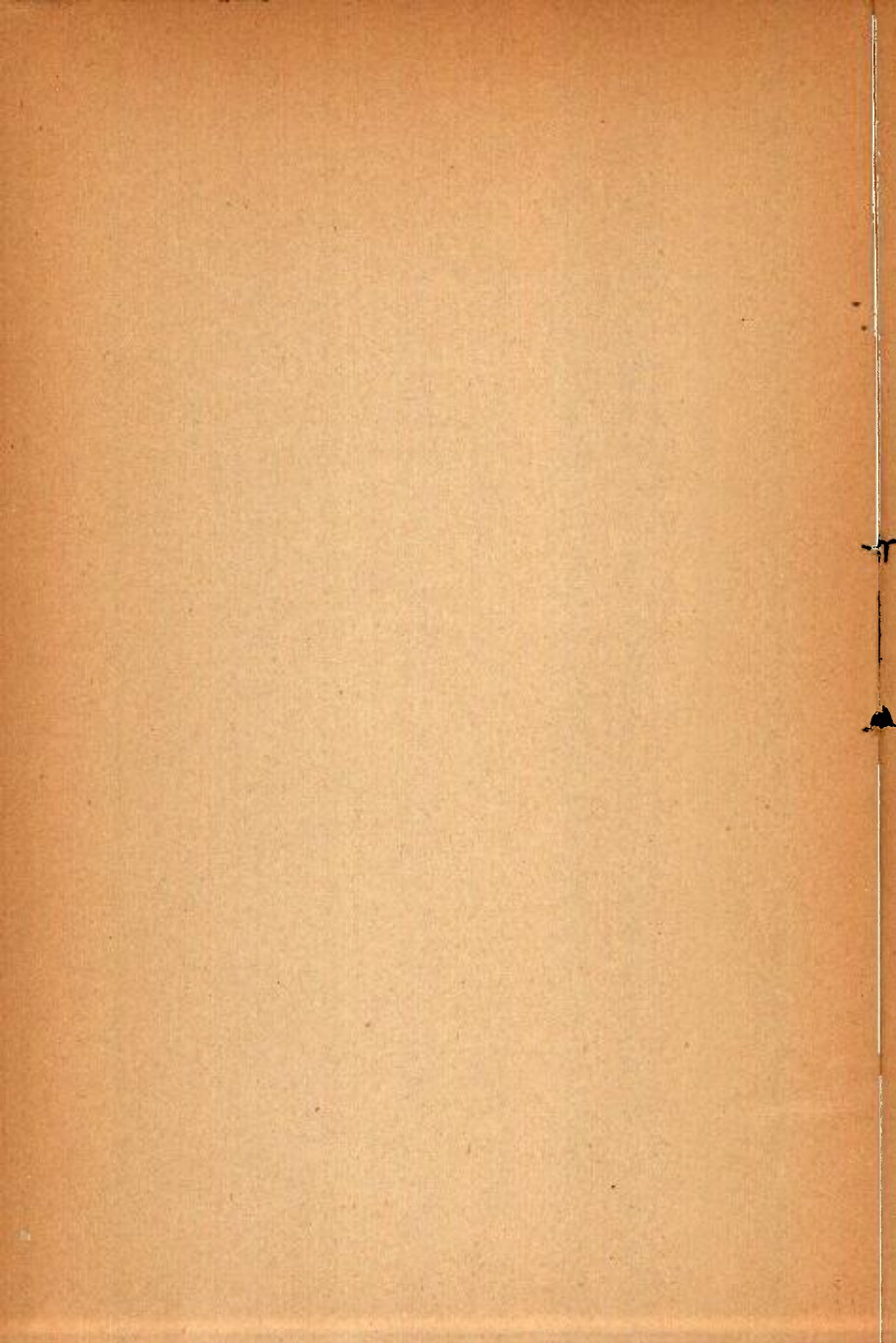
El espectro miserable de la vejez rondaba ya en torno de mi frente, quemada por las luces lejanas de tantas tragedias, y sentía miedo por lo incierto, y hubiera querido asirme desesperadamente al encanto de estas últimas horas, que eran pasión crepitante y viva.

El sol, ese sol de Africa, que pone calentura en los labios y delirios en

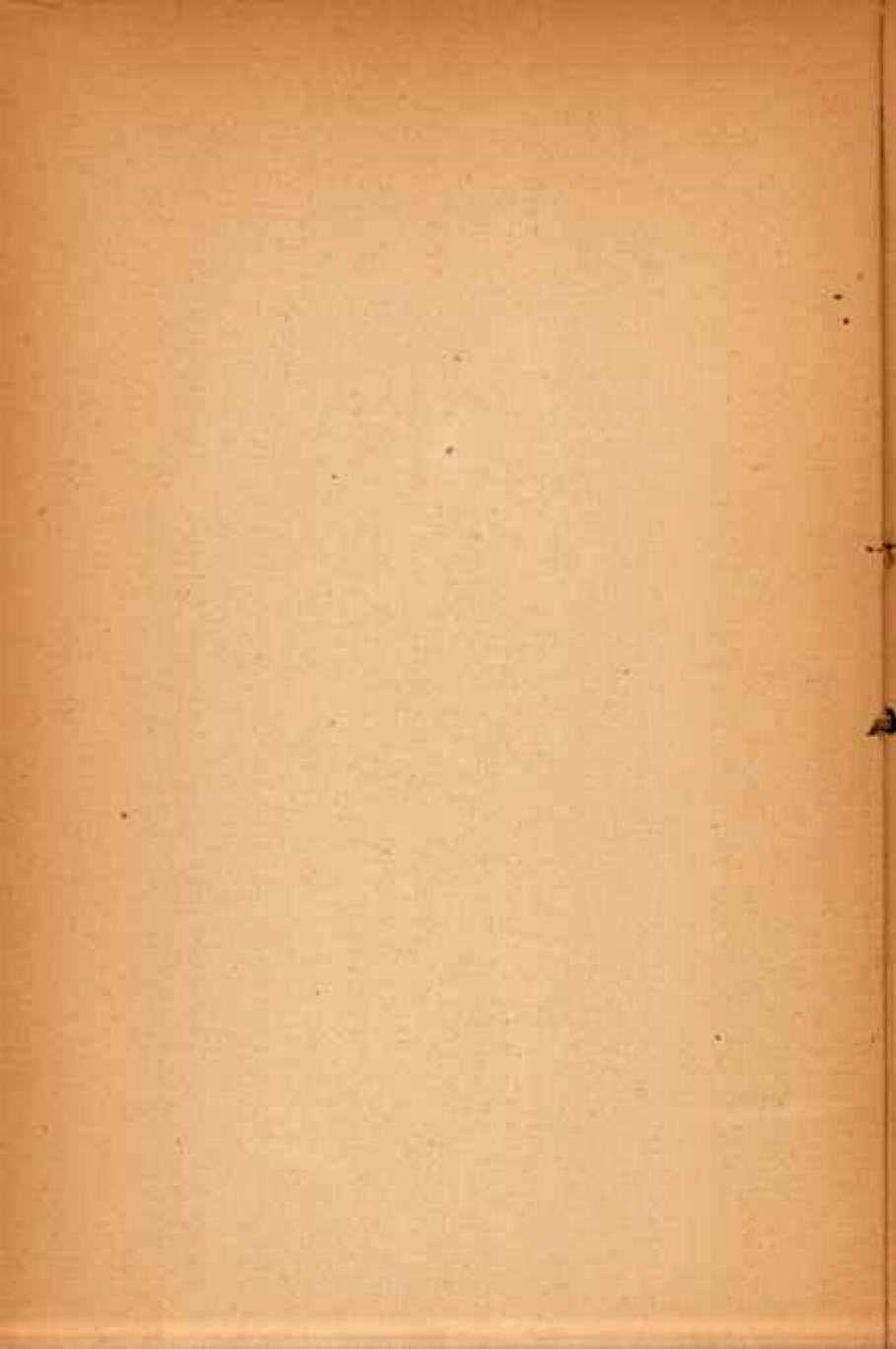
las pupilas, me sugería ansiedades indefinibles.

Detuvimos nuestras cabalgaduras.

Y bajo aquellos cielos nuestros, no enturbiados por otra mirada humana, nos besamos con uno de esos besos que no se acaban nunca, y que dejan al fin un inolvidable sabor de sangre y de muerte.



CAPÍTULO II



Sol y silencio en la tierra grave y febril.

Alguna zona de un verde quemado, de un matiz adusto de vieja herrumbre, y después el desierto, la soledad, la sed, algún buitre negro que cruzaba lento y fatal como una desgracia, y la muerte.

La luz constelaba de fulgencias la lejanía, y aquel resplandor maravilloso atraía con una sugestión llena de fascinaciones y de terrores.

Caminar, caminar siempre, sabiendo que la muerte espera al fin, y que la fatalidad nos conduce inexorable-

mente. Tal es la voz de la tierra, y tal dice el genio de mi raza.

El cielo era de una coloración tenaz y fría de acero.

Todo parecía extenuado, á punto de morir, y diríase que una maldición pesaba sobre todas las cosas.

Pasamos junto á un duar primitivo, hecho con cónicas tiendas negras, y semejante á los antiguos campamentos nómadas que levantaban los beduínos en las arenas abrasadas de la Arabia.

Perros de traza salvaje de lobos, ladraban descubriendo los dientes blancos y como humeantes.

En el interior de una tienda, una mujer de voz rota, cantaba una canción desgarradora durmiendo á un niño, y aquel canto tenía penas ancestrales, acentos del infinito dolor uni-

versal, y esa tristeza inconsciente que es el alma de nuestra vida.

Surgieron de las tiendas hombres de perfiles de águilas, de breves pupilas fosfóricas, de pieles de cobre ardiente, y con voces recogidas y con ademanes de ensueño, nos hablaron de cosas extrañas, simples, antiguas, perfumadas de una fragancia agreste y brava.

Perla, envuelta en una ensangrentada túnica siria, flúida y palpitante, avanzaba magnífica, guiando el caballo con fiera nerviosidad, con firme energía imperativa.

Fulgían sus ojos como metalizados; su boca se entreabría vorazmente como para aspirar el ardor del aire que era sol vivo, y había algo feroz y, sin embargo, hechizadamente tierno en la ambigüedad de su rostro, atra-

yente como un abismo y exquisitamente dulce como un recuerdo de adolescencia y de amor.

Criatura dorada por todos los soles de la tierra, alma nómada y aventurera, ella sentía penosamente la melancolía indecible de las partidas; pero más tarde, ágil, insaciable, vivía soberbiamente bajo el sol como una fuerza libre.

A instantes, la belleza de la hebrea adquiría como una animalidad radiante, como una potencialidad salvajemente sensual, y en el fondo de sus pupilas se percibía una obstinación bárbara, una voluntad rígida, dominadora; pero la voluptuosidad penetrante de la boca, que diríase manchada de sangre de enamorados, suavizaba turbadoramente la dureza tensa de su expresión.

Aquella criatura, de alucinaciones y de fulgores, como la belleza, como el amor, como el dolor, parecía eterna, infinitamente compleja y ondulante como la vida.

Cruzábamos zonas desérticas, en las que se erguía como un hosco pensamiento solitario algún árbol huraño y abrasado, y de nuevo la llanura se prolongaba incesantemente ante nosotros, siempre enigmática y siempre espejeante de luz.

A la noche descansamos junto á un jardín, rebosante de frescura y de aromas.

El aire era dulce y tibio, como el aliento de una boca joven que rozara nuestros párpados.

El olor de las rosas se esparcía por el alma como un consuelo, y toda aquella viva fuerza vegetal refrescaba y

animaba nuestras carnes calenturientas por el sol, por el polvo y por la ansiedad.

En el interior de nuestra tienda, bárbara y fastuosa, á la luz de una pequeña lámpara turca, yo contemplaba á la amada como á una criatura nueva, como á una divinidad extraña que hubiera surgido con una fatal interrogación ante mi vida.

Bajo el arco de sus cejas se agolpaban las negras sombras, y sus ojos parecían hundirse, desaparecer lejos, en obscuras profundidades quiméricas.

Del jardín cercano venía un perfume más intenso, más inquietantemente agudo, que respondía á la angustia creciente de nuestros corazones.

En la amplia abertura de la tienda aparecía la noche, una noche de mara-

villas, de supremas armonías celestes, de claridades prodigiosas.

La ferviente pasión de la noche nos producía inefables prolongaciones de amor.

Hablábamos calladamente, con voces más turbadoras, más penetrantemente sensuales, á medida que languidecían hasta desvanecerse como en besos, como en reprimidos sollozos expirantes.

Entre el velo de sombra relucían sus dientes como jazmines en la noche, y de sus pupilas surgían fosforescencias imprevistas que tenían hechizos estelares.

Me acerqué á su boca, contraída por el amor, y la besé ardorosamente, con un beso que nos hizo daño, que nos dejó los labios como rotos, ásperamente mortificados.

El amor es siempre dolor, dolor del alma y dolor de la carne, y las caricias son más profundas cuando han sido sutilizadas por el tormento.

Una sed frenética nos hacía desearnos violentamente, y nuestros labios tornaban á unirse, queriendo retener indefinidamente esta agonía.

Ondas impetuosas como ráfagas de viento agitando antorchas nos estremecían, y la lujuria horrible y despreciable nos hería con la ferocidad de unas garras de pantera.

Y de aquella carne surgía como un aliento sobrehumano, como un aliento máximo formado por los principios madres de la vida y de la muerte.

Sueño sin fin era su rostro desvanecido en la noche, sus sienes doloridas y fugitivas, su boca enamorada, inagotable, su figura inmaterializada

por tanta tragedia, por tanta desolación, por tanta tristeza.

Bajo mis brazos, la amada se rindió sumisa, esclavizada, como pronta á la muerte.

Sus ojos se cerraron, y el blancor de sus pupilas fulgió tan cegadoramente como si nunca más hubiera de brillar.

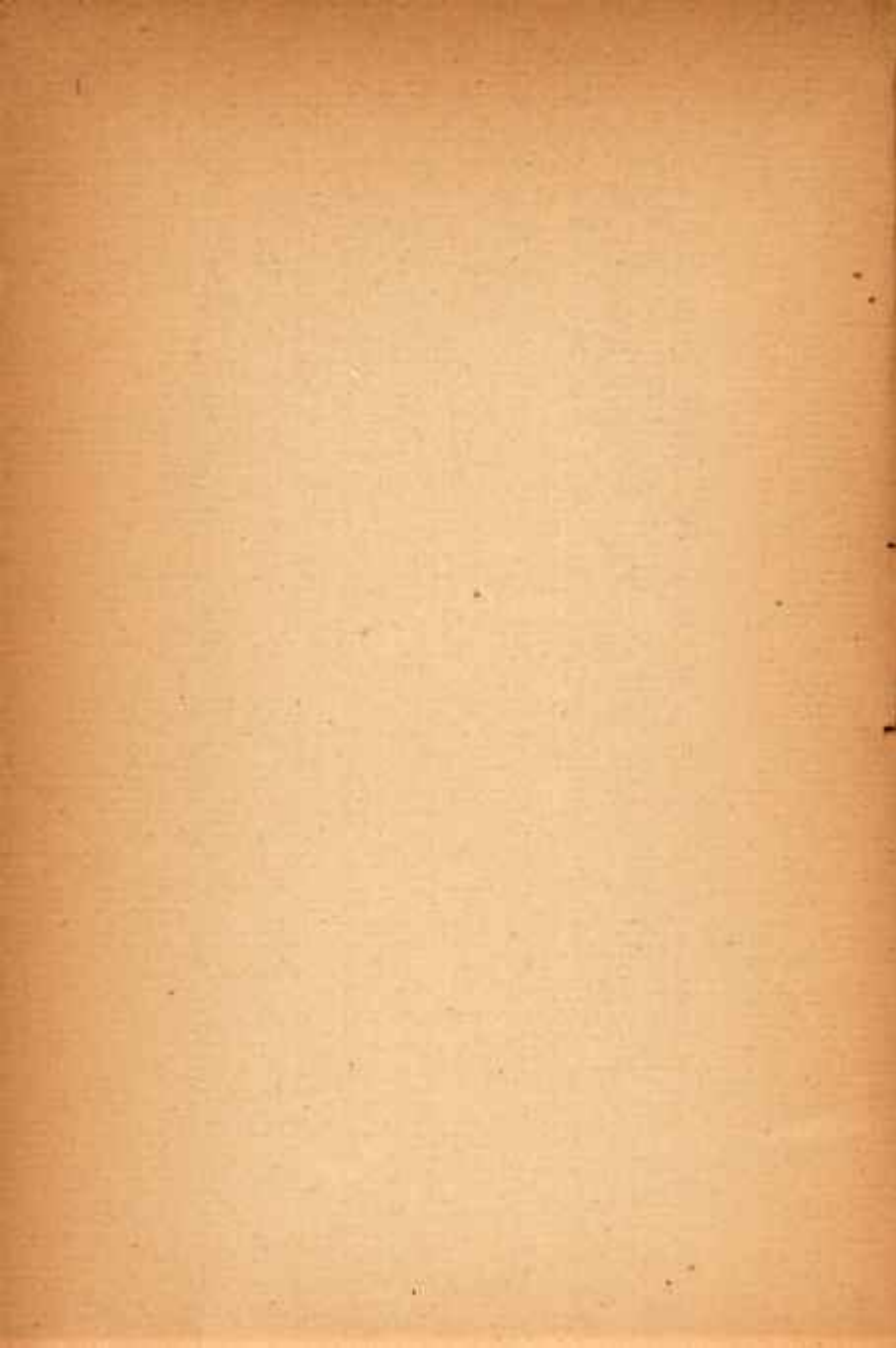
Parecía que en torno de nuestras frentes rondaban cortejos de espectros, de pájaros negros de desgracia, y lejano, zumbador, obsesionante, escuchábamos un rumor como nacido de las entrañas de la tierra, como el rumor opaco, terrible, desesperado, que debió seguir al Dante en su peregrinación á los infiernos.

Sudorosa, destrozada, aullante de deseo, cayó al fin la hebrea.

Gritó espantosamente, como si una mano cruel le arrancara el corazón, y

á su grito caliente, salvaje, desgarrado, respondió estridente y agorero el grito de un águila, que venía desde los cercanas montañas á morir quizá á la tierra negra desolada por la maldición.

CAPITULO III



Era esa hora fría, desencantada, del alba, en que nuestros pesares se sutilizan, y la tristeza nos vela todos los caminos del futuro.

Del río lento, apenas rumoroso, se elevaba una niebla densa, y en los charcos inmóviles se reflejaba deslucido el brillar de las últimas estrellas.

Sobre el lecho de pieles dormía aún la amada, y pálida, tempestuosa la negra cabellera, extenuada, diríase una pobre criatura herida, una víctima humillada y caduca, un despojo miserable atormentado sin piedad.

Aquella criatura tenaz, desconsola-

da y trágica, era como mi propia alma sangrante, despedazada, combatida sin tregua, mortalmente odiada, ulcerada siempre, siempre martirizada por la desgracia.

En tanto que dormía nuestra caravana, yo paseaba aún envuelto en los velos de la noche.

Y pensamientos que habían florecido divinamente en el pasado, tornaban á resurgir en mi alma humildes, amarillos, casi inexpresivos, como las flores de los muertos.

En aquel tiempo de mi juventud ardorosa y pura, yo hubiera abierto los brazos á la humanidad como un Jesús, lleno de amor y de dolor.

Y hubiera dado mi sangre, que era un caudal soberbio de vida, y hubiera dado mi corazón, que era una lámpara de luz inextinguible.

Mi palabra quedó ahogada, y como el joven dios del amor y de la tristeza, fui crucificado en un día maldecido y lejano, y todas las ferocidades humanas clavarón en mis costados sus lanzas frías y crueles.

A través de todas las negruras, de todas las vacilaciones, de todas las arideces, mis pensamientos eran, sin embargo, bandadas de arcángeles eternamente jóvenes caminando hacia la luz.

Y ágil, imperioso, avancé por la vida sereno y altivo, prodigando sin tregua mi fuerza, renovándome incesantemente como el agua clara de un manantial.

Mi espíritu entonces saboreaba todas las energías como frutos preciosos y rebosantes, y el amor llenaba mi alma como un río impetuoso.

Después...

Recuerdos, imágenes que pasan por el alma como naves triunfales sobre un mar inmóvil, y desolaciones de muerte que nos dejan rígidos, con las pupilas sin luz, perdidas en la nada.

La luz doraba las formas con una melodía llena de gracia, y mi alma renacía también, como la mañana.

La tierra adquiriría una tonalidad magnífica de sangre coagulada, y los raros árboles, las plantas delicadas y frescas, revivían como animadas por una juventud inextinguible.

Al pie de las montañas crecían ásperos matorrales ricos y duros como el bronce, y lejos, un negro cortejo de árboles se desvanecía como una misteriosa aparición nocturnal.

Cantando apagadamente uno de esos motivos árabes que repiten incesante-

mente una pena sin consuelo y sin matices, venía uno de los montañeses de la caravana.

Era un tipo de kabileño bravo, enjuto, de pupilas ariscas y feroces de animal de presa.

Fumaba un cigarrillo lentamente, y sus movimientos tenían como pausas de ensueño, esa torpe incoherencia que produce la obsesión fija de un pensamiento tenaz.

Se detuvo al verme, y con la gentileza ágil y orgullosa de las razas puras, me saludó tocando mi mano y acercando á los labios sus dedos fuertes y ligeros.

—¿Saldremos antes de que sea el día, señor?

—Espera aún, Ahmed.

—El calor será hoy duro, y la luz hará mucho daño en la llanura.

—¿Y qué importa, Ahmed? Somos amigos del sol, y sobre todo, hay que caminar. La jornada es aún muy larga.

—Nos esperan días *como de locura*, señor. La tierra del Sus está maldita.

—¿Conoces bien esa tierra, Ahmed?

—Tanto como la casa de mi padre en la kabila. Desde que abandoné la montaña, no hago sino caminar por la tierra de los hombres azules.

—¿No eres *susi*?

—No. Yo soy de los Beni Josmar, de la tribu cercana á Tetuán, y soy hijo del *cheik* Mujammed El-Tazzí.

—¿Y cómo te has alejado de los tuyos, y vives errante por caminos tan lejanos de tu patria?

Calló Ahmed, y en su rostro her-

mético, iluminado por tantos soles implacables, hubo como una ligera crispación dolorosa, como el recuerdo de un tormento aún no extinguido.

—Si es algo que te hace sufrir, cállalo, Ahmed.

El *yebli* se encongió de hombros, y luego, con su voz atenuada, respondió:

—¿Y por qué callar? Mi historia la conocen todos en la Yebala, y aunque la justicia pidió á la kabila que me entregase para degollarme, después ha sabido que huí á Tánger, y el Majzen me ha dejado en paz.

Encendió Ahmed un nuevo cigarri-
llo, y sentándose sobre una roca caliente y parda como la grupa de una mula, comenzó su historia, la historia bárbara de tragedia, de sangre, de pasión y de venganza, que vive siempre,

replegada como una fiera en acecho, en todas las montañas del Mogreb.

—Yo era hijo del *cheik* de los Beni Josmar, y labraba las tierras de mi padre, estudiaba con los *tolbas* en la *zauía*, y guerreaba con las otras kabilas cuando nos robaban el ganado ó cuando lo mandaba nuestro caudillo El Raisuli. Un día me llamó mi padre, que ya estaba muy viejo, y me dijo que debía tomar mujer, y que era su deseo que me casara con la hija de El Bachir, un rico hacendado de la kabila de los Beni Ider. Casé con Rahma, la hija de El Bachir, y las fiestas de mi boda duraron ocho días. Matamos cien carneros, vinieron *aissauas* y músicos de Tetuán, y se congregaron en nuestra kabila todas las bailarinas de la Yebala. Durante el día corríamos la pólvora, tomábamos el té, y por la no-



che hacíamos círculos en torno de las bailarinas, y los músicos cantaban hasta el alba las mejores canciones *fasis* y *andalús*. Cuando terminaron las fiestas, fuimos al santuario de Muley Abd-es-Selam, y después, al regreso, yo tuve la felicidad en mi lar. Dijéronme gentes de mi kabila y de los Beni Ider, que Rahma, mi mujer, había querido mucho en otro tiempo á un hijo del hermano de su padre y que hasta habían concertado bodas; pero yo creí siempre que esto eran maldades y no escuché las que imaginaba palabras de traición. Un día, tornaba yo de los campos, y anohecia, cuando llegué á mi casa. Mi pobre morada estaba situada en las afueras del poblado, y aparecía siempre solitaria, y desde muy lejos, se veía en sus ventanas la luz encendida, la luz familiar que me

esperaba con los brazos de Rahma. Aquella noche, ni una luz brillaba en las ventanas, ni un rumor de vida venía de la casa cerrada. Extrañado por este silencio y por esta obscuridad, me agazapé en el suelo, y siguiendo mi costumbre de guerrero de la montaña, avancé como una serpiente, sin hacer el más leve ruido, y con toda el alma en los ojos y en los oídos. Llegué de este modo hasta muy cerca de la casa, y en aquel mismo instante, un hombre escondido en la sombra, dió un saltó y huyó con la misma carrera del diablo. Quise correr tras el miserable, pero me llevaba una enorme ventaja, y además, como yo venía del campo, no tenía mi fusil, mi fusil nuevo y reluciente, que me sigue más dócil que la mano. Cuando entré en mi casa, nada dije á la mujer, ni ella me

hizo la más leve pregunta. Rahma estaba pálida, temblorosa, y en sus ojos había como un miedo indefinible, como ese terror de los que saben que van á morir. Desde entonces, ya no hablamos más aquella mujer y yo. Mi madre venía todos los días á mi casa, y por las noches, yo dormía solo, junto á mi viejo caballo, siempre amado y siempre fiel. Rahma no lloraba, no suplicaba, ni apenas me veía. Alguna vez la encontraba, al entrar en mi casa, sentada en la estancia baja, despeinada como una moribunda, y con la cabeza apoyada entre las manos. Desaparecía al verme, y yo, después de un pequeño descanso, y de hacer la oración de la tarde, me iba al café á tomar el té y á fumar el kiff que hace olvidar las penas y trae la muerte poco á poco. Algunas noches me marchaba

á las fiestas de otras kabilas y no tornaba hasta que comenzaba el día. Una noche, estuve en la kabila de los Ulad M'tiua, con las más bellas bailarinas de la Yebala; cantamos toda la noche, pero á pesar de la frenética alegría de los cantos y de las danzas, yo estaba triste, y como el pico de un cuervo me roía el corazón. Regresé á mi *duar*, cuando muy lejos nacían las primeras luces del alba. Un perro aullaba junto á mi casa, y mi puerta, que siempre se cerraba á la hora del mogreb, aparecía abierta de par en par. Lleno de horrible ansiedad, estremecido por un presentimiento misterioso, subí las negras escaleras. Me tambaleaba como si estuviera ebrio por el *madyun*, y parecía que había cesado de vivir mi corazón. Entré en nuestra alcoba, en la que tanto nos habíamos amado, y ante:

lo que vieron mis ojos, me detuve paralizado por el terror. Rahma, tendida sobre la alfombra, estaba muerta; tenía destrozado el kaftan de seda amarilla, abiertos los ojos, con una expresión espantosa, contraída la boca, como si todavía gritara con salvaje delirio. Me acerqué á ella, y toqué sus manos, su cara, que ya estaban heladas, y al inclinarme sobre su rostro, vi en su garganta unas largas huellas de un morado lívido, que indicaban que había sido bárbaramente estrangulada. No sentí la muerte de la mujer, pero juré que habría de vengarla. Me levanté, y frío, recé ante la que fué mi amada las oraciones de los muertos. Apagué las velas casi consumidas que aún ardían en los candelabros, cerré las puertas, y huí. Desde entonces no volví más á la kabila, y sólo con mi

fusil viví como una fiera por los montes, rondando siempre como un chacal por la tribu de los Beni Ider, en espera del maldito asesino que había hecho mi desgracia. Pasó mucho tiempo y el ansia de la venganza me abrasaba, me consumía, me hacía pasar las noches aullando como una pantera hambrienta, hasta que un día encontré en la montaña al pariente de Rahma, al miserable á quien Dios atormente sin piedad. Caminaba con otros montañeses, y desde su crimen parecía más hundido y más viejo. Esperé muy cerca del camino, escondido entre las ramas, y cuando se aproximó, salté como un tigre, y rápido, con movimiento seguro, hundi mi gumía en su cuello escueto y nervioso. Vaciló unos instantes, y cayó al fin, llenando de sangre mis manos, mi cara, mis vestiduras...

—Luego...

Calló Ahmed, y su rostro, que se iluminaba ó entenebrecía con los recuerdos, como si una llama resplandeciera ó se ocultara tras las pupilas, perdió su potencialidad expresiva y se tornó hermético, impenetrable, de nuevo indiferente á todas las cosas de la tierra.

Aquella historia, manchada de dolor y de sangre, excitó mi propia angustia, y me ofreció más cruda, más ásperamente acerba mi propia desolación.

Cuando se ha llegado á las más sutiles vibraciones de tortura, cuando la perspectiva de la felicidad y hasta la vida misma, la vida que es ímpetu, alegría, renovación, esperanza, han desaparecido para siempre; cuando el alma ulcerada, sangrante, ha sentido

todas las ferocidades del sufrimiento; cuando una agonía de alucinado es nuestra obsesión constante, el frío y el terror de todas nuestras horas; cuando tenemos la desgarradora, la implacable convicción de que la tierra no nos dará jamás un rincón florido y fresco, ni un manantial de salud que apague nuestra fiebre, acaba por experimentarse en la exaltación sobrehumana de nuestro tormento un placer monstruoso, maldito, y deseáramos abrir más y más nuestras heridas, clavar nuestras uñas en la carne lacerada, retorcer despiadadamente nuestra alma, prolongar espantosamente nuestro martirio, sabiendo que nos sacrificábamos horrible, estérilmente, ante ese arcángel, trágicamente bello como la muerte y como el odio, que es la fatalidad.

Vino la mañana, plena y armoniosa, la mañana poblada de pájaros, de palomas, de árboles frondosos que se erguían limpios, como purificados, en el claro aire matinal.

Levantaron los montañeses nuestras tiendas entre un frenético clamoreo de voces, y un cálido y violento relinchar de caballos.

Y la hebrea, resplandeciente con su túnica siria, vino á mí, transformada, ardorosa, como una llama que no se hubiera de consumir nunca.

A pesar de la voluptuosidad sin término de la boca, su rostro había adquirido una expresión grave, un poco rígida, inquietamente meditativa.

Y no sé por qué extrañas analogías, yo pensé en aquella divina Cleopatra, la última y maravillosa reina antigua, que tuvo bajo sus labios de amor y

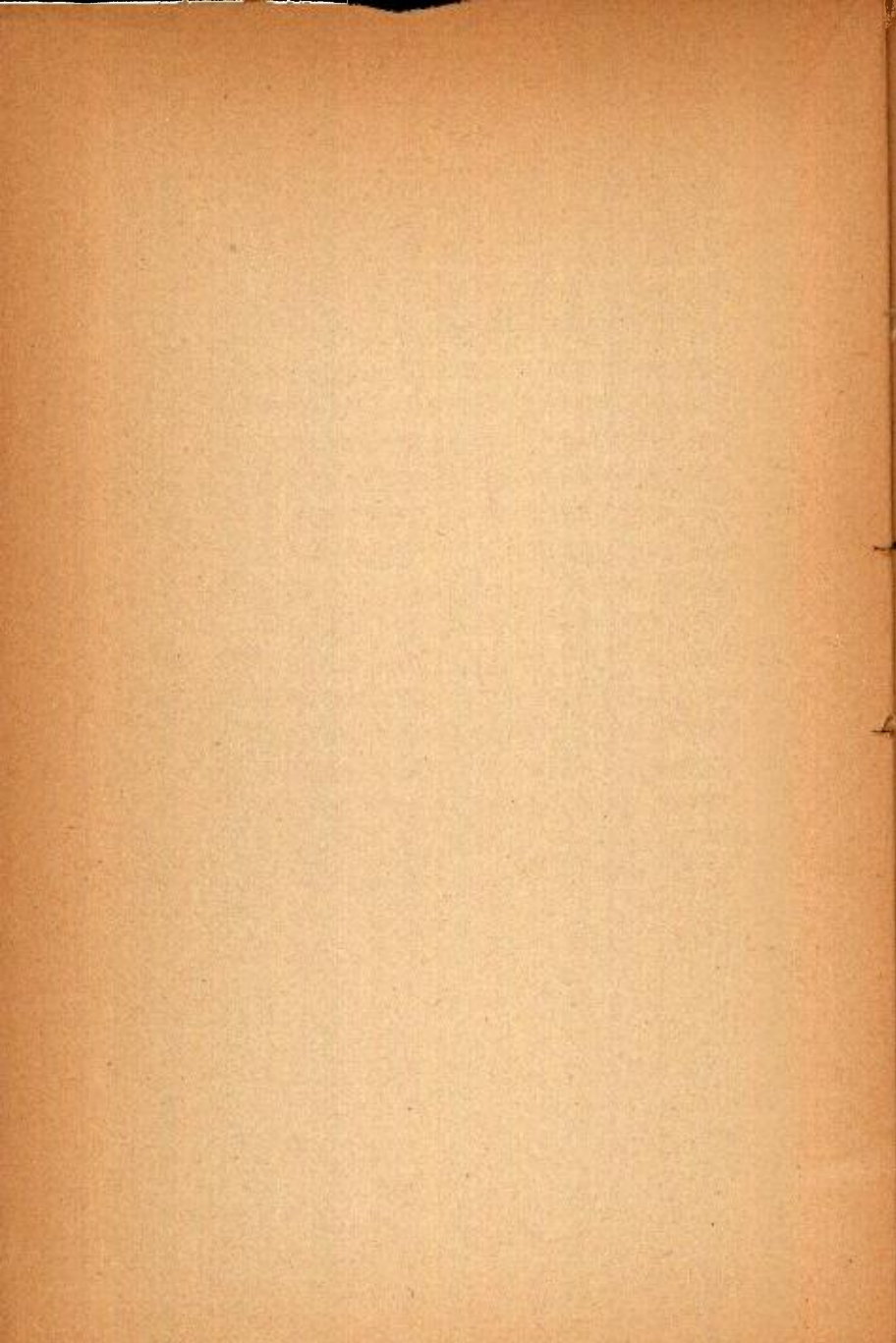
bajo sus ojos de dominio los destinos augustos de la Roma imperial, y pensé en aquellas fabulosas princesas de Oriente, insaciables enamoradas y frías y refinadas criminales, magníficamente llenas de audacia, de pasión, de voluntad y de valor desesperado.

Perla y yo, nos habíamos conocido en aquel límite caduco y triste en que expiraban nuestras juventudes y en que nuestras pupilas ya no interrogaban á lo infinito; pero si yo la hubiera amado en aquellos años vehementes en que mi frente estaba tersa como un escudo de batalla, ella, con sus pupilas ávidas de peligro, con sus actitudes de pantera, con sus formas musculosas y finas, siempre flexibles y siempre infatigables, con su voluntad vencedora, segura como una flecha que va á clavarse á un corazón, me

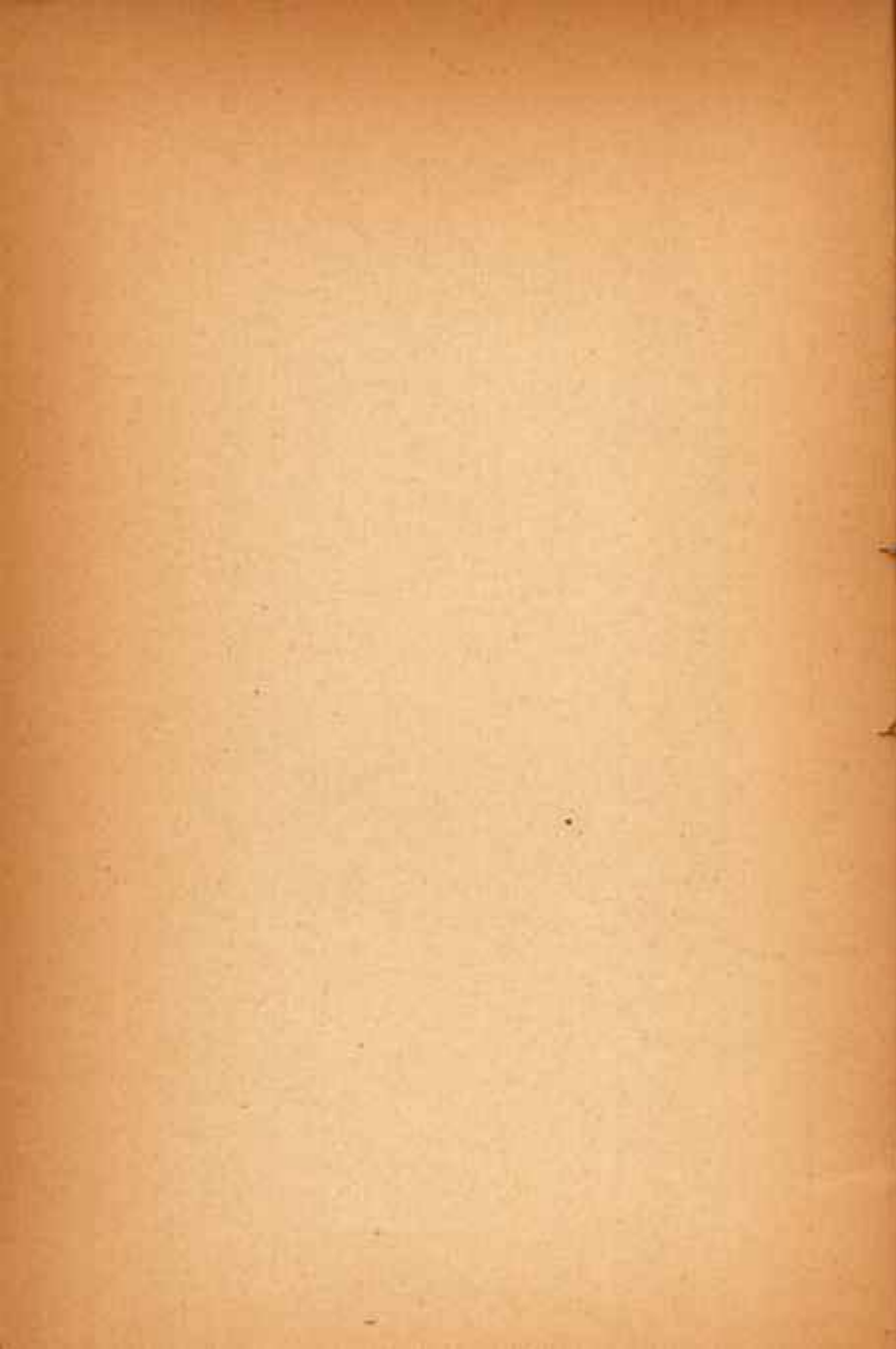
hubiera conducido á la victoria y me hubiera dado la alegría salvaje, retadora, inaudita, de triunfar sobre la propia vida.

Nuestro cortejo se puso en marcha, y el sol, nuestro viejo dios, hizo arder nuestras sangres y pobló de delirios nuestros horizontes.

Caminar, caminar siempre, hasta que una sed implacable nos hunda en la arena, y nos sea preciso para humedecer los labios, morder nuestra carne y beber nuestras sangres abrasadas.



CAPITULO IV



La llama de la vela, ligeramente agitada por el aire de la noche, se tendía como un ansia.

En una imprecisión fantástica, acariciaba exquisitamente la silueta fugitiva de la amada, y con lentitud que era un goce intensísimo, se detenían mis miradas en sus hombros, llenos de noble languidez, de gracia frágil y declinante, en su cintura flexible, rítmica, tan ágil para el amor, en sus piernas esbeltas que se desvanecían bajo la túnica, en su rostro velado por la magia de la luz y de la sombra, en su cabellera siempre rebelde, tem-

pestuosa, que parecía huir como un ensueño.

Aquel día habíamos caminado mucho bajo el sol, y la amada parecía conservar en su carne y en sus vestiduras el ardor solar, el sabor áspero de la tierra, la fiebre de la jornada y como el olor salvaje de los lugares donde sólo habitaban las fieras.

Incansable disponía nuestra instalación de una noche, y era como el latir de la tienda en el desierto, como un ansia de vida inextinguible.

—Ven, Perla...

—Espera; retardar es un placer supremo. Es todo tan breve, que debe prolongarse indefinidamente lo que ha de pasar más rápidamente que el abrir y cerrar de unas pupilas.

—No, amada, esperar es sufrir, y, hemos sufrido demasiado. Debemos



amarnos incesantemente, porque el amor es nuestro vértigo, nuestro olvido, nuestra única ansiedad. Nuestro amor, y la muerte...

—¿Por qué entenebrece nuestro pobre amor con las alas de la muerte? Las alegrías en el amor, son rosas muy pálidas que no florecen sino una mañana; pero yo sé gustar melancólica y profundamente todas las penas, y sé extraer fuerza de todas las desolaciones, y sé gozar obscura, silenciosamente, con todos los suplicios.

Calló la hebrea, y por sus ojos pasó no sé qué extraña fulguración, qué resplandor verde y desconocido, qué misterioso escintilar de lujuria demoníaca.

La amada se había acercado á mí, y yo la sentía flúida, como pronta á

disolverse en una onda vasta de sensualidad inagotable.

—Amada, ¿el suplicio es para ti un placer?

Mi voz había enronquecido, rota y trémula.

—Yo amo los suplicios, porque son el amor, el amor divino, satánico, el amor puro, el monstruoso, el dulce, el atormentado, en una palabra, el amor. Yo he visto, amado, resplandecer la llama reveladora que á veces tiene claridad de alba, á veces un fulgor rojo de sangre, y á veces una trágica lividez de muerte.

Sintiendo en mi carne el calor suave y penetrante de sus pechos, hablaba la amada, y de su boca sedienta y elocuente, surgían las palabras como humeantes de un fuego voraz.

— Cuando se ha llegado á las últi

mas cimas del amor, cuando nuestra carne, que al fin es tierra miserable, siente la desolación de la fatiga, y todavía nos queda en los labios quemados el sabor fiero de los besos sin término, y en las pupilas todo un mundo caótico y gigantesco de formas crispadoramente lujuriosas, no hay nada de una magia tan inaudita para despertar á la pantera de pasión como el dolor que nos transporta fuera de la vida, como el suplicio que arranca horribles vibraciones á nuestros nervios, como la sangre que nos alucina, que nos exalta, que nos produce indecibles espantos y vértigos enloquecedores. Sufrir es centuplicar el amor; es ser ángel y demonio á un tiempo; es darse todo como una ofrenda palpitante.

La amada se entregaba con una fe

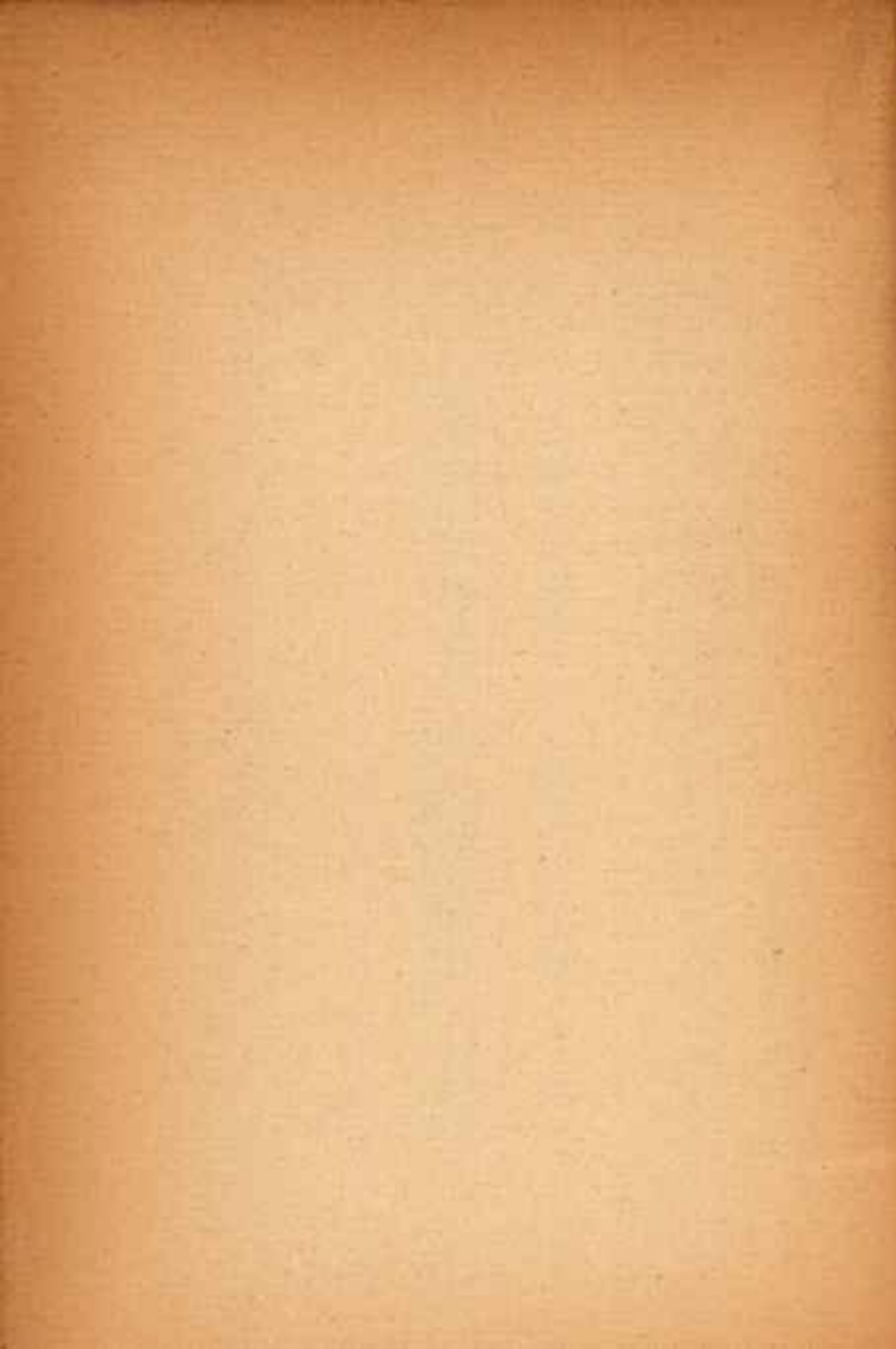
lúcida y vehemente á la pasión, siempre tensa, siempre con las alas abiertas para el vuelo glorioso.

—Yo también, amada, siento como tú el hechizo indefinible de la tortura, pero lo siento más salvaje, ó tal vez, más cruelmente. El amor es para mí el máximo dolor, y me entrego á él como un condenado que sabe que al final no le espera sino la muerte. La vida me ha hecho padecer tanto, me ha obligado á tantos crímenes, me ha ofrecido tantas llagas, tantos odios bárbaros, un infierno tan poblado de crispadas manos de garra, de aullantes bocas contraídas, que hasta el amor me llena de terrores, de estremecimientos mortales, de perversas fascinaciones, y voy á él fría, fatal, desesperadamente, como á un asesinato. Y muchas veces, en esa ilumi-

nada inconsciencia en que nos deja el amor excesivo, cuando con las sienes doloridas y las manos heladas nuestro pensamiento se pierde por rutas de locura, yo he imaginado que te martirizaba satánicamente, que tú sufrías por mí suplicios que superan á toda humana idea, que este horrible dolor manchado de sangre, nos unía más irremediabilmente, y que por este amor trágico, sellado indestructiblemente por el crimen, seríamos solos, como dos espectros que no pudieran tener más mundo que el desierto, el desierto sólo habitado por las fieras é iluminado por una luna como la máscara de la muerte.

Los brazos de la amada me estrangulaban como dos serpientes, y el aliento de su boca crispaba mi carne.

Bajo la amplia túnica de seda, yo



CAPITULO V

Nubes sombrías cruzaban el cielo, semejantes á negros pájaros de desgracia.

Lejos, en el remoto horizonte, pareció surgir como un gigantesco dragón que avanzara lento y monstruoso por la tierra leonada.

La tierra, el cielo, las raras formas vitales, diríanse coaguladas, detenidas en una inercia inverosímil y angustiosa.

Algo tenebroso palpitaba aquel día en el aire, algo inquietante y obscuro que nos oprimía más pesadamente que nuestra propia soledad.

Densamente pálida, trágicamente cavernosos los ojos, huracanada la áspera y violenta cabellera, rígidamente endurecida la boca, la amada cabalgaba, bajo la pesadumbre de una idea obstinada, de un penoso pensamiento recóndito.

Antes de la hora religiosa de la tarde, llegamos al *duar* de los Beni-Cherif, una vieja aldea orgullosa y adusta, habitada por altivos árabes puros, descendientes de los antiguos príncipes del desierto.

Cruzamos la única calle del poblado, y por un florido camino de huertas frondosas y fragantes, avanzamos hacia la *kasbah* del caid.

El aire olía á mieles, á vegetación rica y mórbida, á frutas de un jugo dulce y denso.

Pasaron unos camelleros, que tor-

naban de lejanos mercados africanos, y su saludo fué gentil, noblemente cortesano, perfumado con todo el melancólico aristocratismo de esta raza llena de elegancia y de tristeza.

Uno de los camelleros era majestuoso, de amplia frente, pupilas fulgurantes y negra barba vasta y rizada á la manera asiria, y su figura prócer y arrogante, me suscitó la imagen del Profeta, del *Nabbi* de la palabra de fuego que encendió la llama del Islam en los misteriosos hijos del desierto.

En los umbrales de la *kasbah*, un negro de rostro bárbaro, que parecía tallado á hachazos, nos recibió con la mano en el pecho, inclinado con clásica cortesía oriental.

Y plegando con bizarro ritmo su blanco *suljam*, nos condujo por un negro laberinto de galerías resonantes

hasta la plaza de armas, que centelleaba de sol.

Arabes de otras tribus, acurrucados sobre el suelo en una larga línea parda y blanca, esperaban audiencia con una inmovilidad indiferente, extrañamente ajena á toda idea de tiempo.

Un kabileño escueto, de barba profética y ojos de iluminado, de pie ante un grupo de montañeses recogidos y atentos, hablaba con un acento cálido de unción, de sentencia, de fe exaltada y animadora.

Contaba los episodios de una peregrinación á la Meca, y hablaba del Islam como de una fuerza siempre renovada que no se extinguiría jamás, y que un día triunfal y no lejano tornaría á dominar las tierras bárbaras donde no se reverencia la ley sagrada del Profeta.

Aquella fe, valiente y absoluta, simple, cerrada, agresiva, como es la fe de todos los hombres, me irritó ásperamente por su impulsividad rectilínea, por su dureza intransigente, por su fanatismo implacable.

Recorrimos la amplia plaza de armas, y después de atravesar una sala larga y sombría, ornada de sables, de fusiles, de estandartes, entramos en la morada del caid, en una estancia breve y suntuosa, exquisitamente aromada de áloe y de ámbar.

Perla se sentó sobre unos cojines verdes, deliciosamente bordados en plata, y su figura, ágil y expresiva, y su tez morena, que tenía la fulguración de una piel de tigre, destacaron con relieve ardoroso, sobre un *jaiti* de colores brillantes.

La sala estaba decorada con ese

fausto magnífico que es la característica de todas las casas señoriales del Mogreb. Tapices de Rabat y del Sus, carnosos, mórbidos, de una violencia de color destumbradora, cortinas de brocados, de espléndidos damascos, *jaitis* verdes, rosados, amarillos, preciosos cojines bordados en oros viejos y en platas deslucidas, *marfaas* exquisitamente miniados con ricos tonos de esmalte, lámparas de bronce peregrinamente cinceladas, copas de plata para los perfumes, de una elegante esbeltez de cálices.

Después de no contemplar en tantos días sino la brava Naturaleza y la fiera y nómada sobriedad de nuestra tienda lar, aquel fausto demasiado vivo, demasiado estridente, nos produjo cierto confuso estupor, cierta indefinible inquietud.



Tras unos instantes de espera, un esclavo negro, limpiamente vestido de blanco, nos trajo en un ancho azafate de cobre los perfumadores con el agua de rosas y de azahar, para que humedeciéramos nuestras vestiduras y nuestras manos, secas y febriles por el polvo y por el sol.

Y en una dulce penumbra, suavemente acariciados por los frescos aromas, gustando el inefable encanto del reposo, cerramos los párpados en un flúido adormecimiento.

La hebrea se abandonaba al ensueño, transfigurada la cara antes huraña y tenebrosa, flexibles los miembros, como si hubiesen sido expertamente macerados.

La amada llevaba sobre el pecho una rosa, y la flor soberbia tenía una sensualidad tan viva, que suscitaba

una imagen fascinadoramente carnal.

Tenía entre mis manos su mano, de la que parecía que iban á saltar las viborillas azules de las venas, y sentía penetrar á través de mi piel la pulsación fervorosa de su vida.

Era una divina prolongación de amor en el silencio del alma.

Levantóse leve, fantásticamente, una cortina de brocado rosa y plata, y apareció ante nosotros Sid-Ab-el-Kader, Ben Jasú, el caudillo legendario y famoso, caid de los Beni-Cherif.

Era el noble prócer guerrero, de esa edad melancólica y *desencantada* en que se han muerto los últimos resplandores de la juventud, y los espectros desolados de la vejez comienzan á surgir uno á uno, llevándose los más preciosos sueños, las más impetuosas energías de nuestra vida.

El insigne árabe era alto, enjuto, de músculos reciamente esculpidos, de color moreno y mate, como las tierras soleadas, de barba breve de un oxidado tono de herrumbre, de nariz fina, nerviosamente movable, de boca cruel y de pupilas como inmovilizadas, suaves, dulces, veladas por una tristeza latente.

Vestía el caid un *suljam* de seda, que apagaba en un pálido matiz el color vibrante de su traje.

Y todos sus movimientos eran lentos, templados por una dominadora voluntad de acero, llenos de noble medida, de gracia sobria, un poco áspera, de fría tristeza desdeñosa.

El caid nos habló de su orgulloso retiro perdido en las más salvajes soledades mogrebíes, de la trágica situación del Imperio, destrozado por

los últimos Sultanes Filalis, del porvenir incierto, negrísimo del Islam en los remotos países de Oriente y en la vieja tierra cherifiana, y con un gesto religioso, abatido, resignado, nos dijo que no se cumpliría al fin sino aquello que fatalmente había de cumplirse.

Por la ventana abierta entraba el crepúsculo dorado, sereno y lento, uno de esos crepúsculos penetrantes, que dejan el espíritu inmóvil, como desfallecido.

La luz fulguraba en los *jaitis*, en la plata de las copas, en los tapices, que parecían manchados de sangre, en los cabellos de Perla, como ardientes de un fuego desconocido.

Un esclavo negro trajo en una bandeja de plata el té aromado de hierbas, y después de servirlo en las tazas doradas, se alejó rápida y si-

lenciosamente como una aparición.

En aquella hora de fervor, de inquietud, de recuerdos, no hablábamos, ni apenas un movimiento brusco interrumpía nuestro recogimiento lleno de concentraciones.

El caid, como una sombra desenterrada de tiempos que se fueron, abortó en su sueño milenario, sueño siempre tenso por la soledad rígida, cerraba los párpados fatigados, como queriendo recoger todo el hechizo secreto del crepúsculo de oro.

Aquella hora perfumada por la paz, por el inefable encanto de la inmovilidad, nos enervaba como si aspiráramos envenenado y embriagador humo de opio.

Cuando llegó la noche azul, fragante y rumorosa, nos despedimos del caid, y salimos de su vieja kasbah.

Un esclavo avanzaba delante de nosotros con un farol encendido, y la luz poblaba de fantasmagorías los tortuosos corredores y hacía surgir espectros rotos y fosforescentes de las altas bóvedas resonantes.

Ya en el campo, un aroma pleno de mieles, nos trajo como un aliento de vigor y de frescura.

Brillaban luces en las moradas de los kabileños, y aullaba un perro olfateando la muerte ó presintiendo una desgracia.

Perla caminaba lenta, apoyada en mi brazo, y todo su cuerpo se abandonaba con humilde ternura, con triste acabamiento.

—Nunca como esta noche, amado mío, he deseado tanto morir, ni nunca las ráfagas de la muerte me han estremecido tan de cerca. Esto es un

mal presagio, un síntoma terrible...

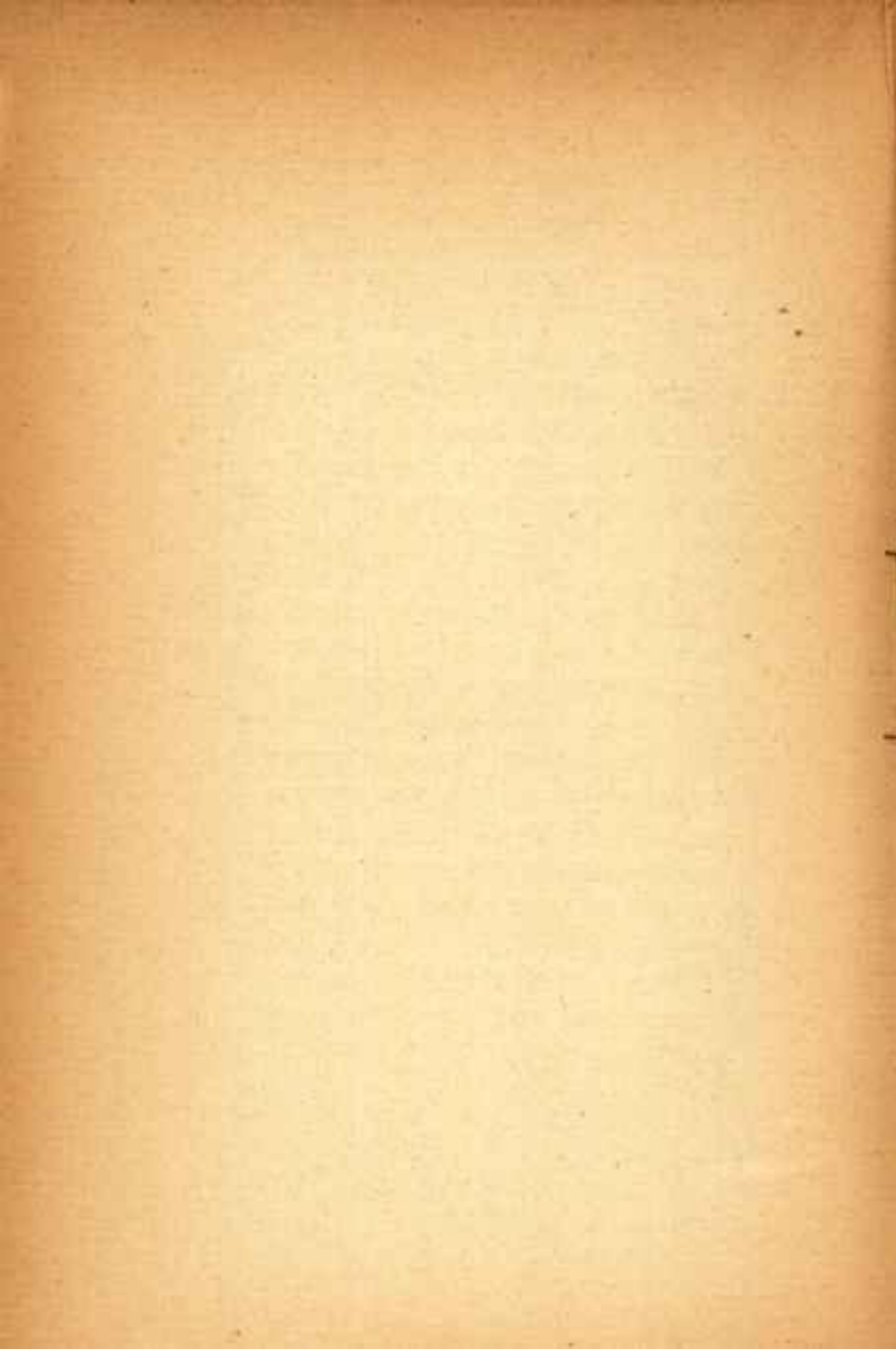
—¿Por qué?

—Porque mi energía desaparece, porque esa miseria espantosa de los años me roe implacablemente como los gusanos á un cadáver, porque me pierdo como una sombra...

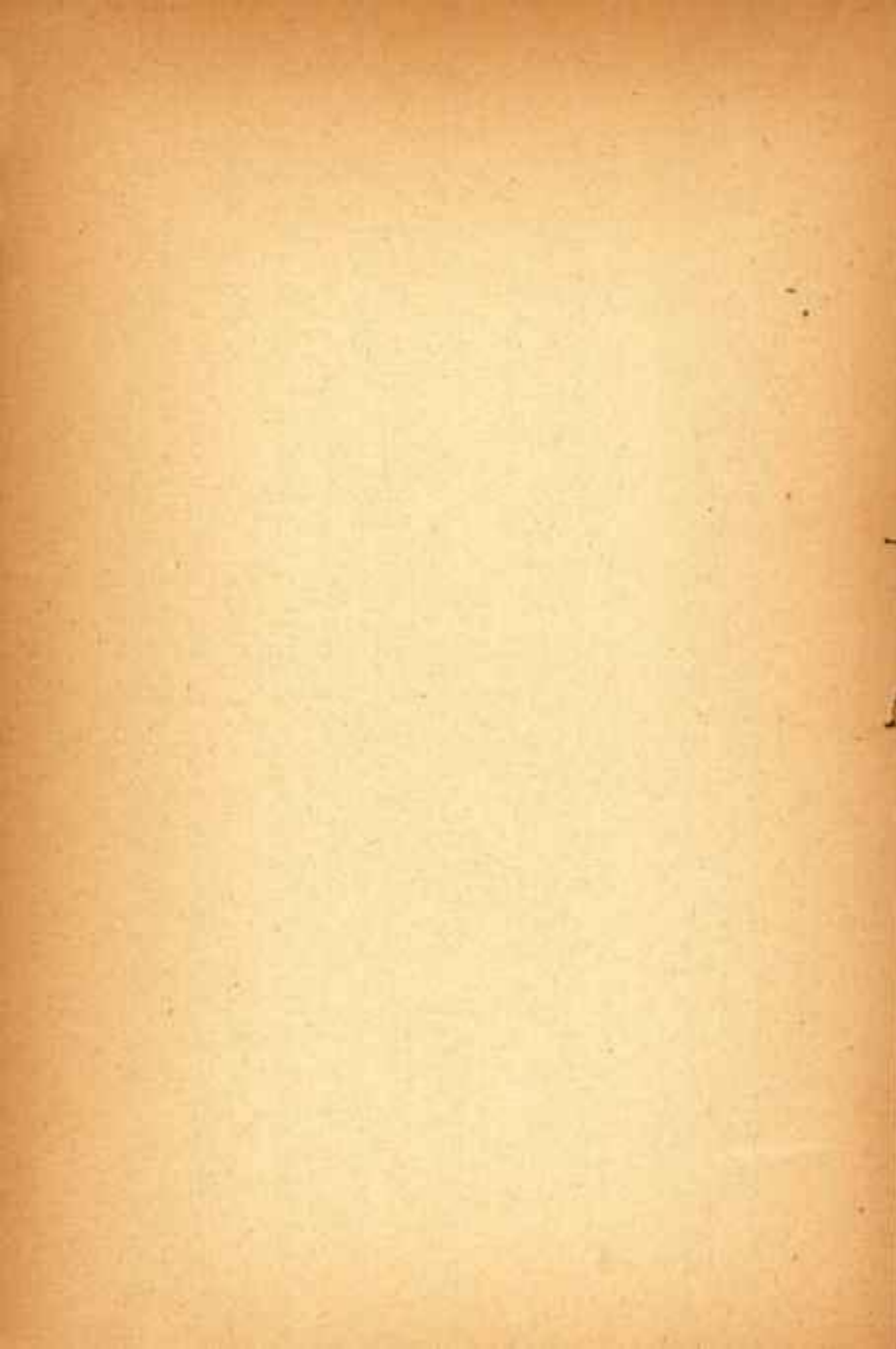
—¿Y qué importa? Ya no podemos esperar sino la muerte, porque la vida es la espera angustiosa, horrible, de lo que nunca llega...

El dolor de amar nos tuvo toda la noche con las pupilas alucinadas, con los nervios vibrantes, con las manos temblorosas, con las gargantas ásperamente enronquecidas por los gritos de pasión.

Y el fulgor de la luna, nimbó de claridades estelares el rostro desesperado de la amada.



CAPITULO VI



Bajo la luz cruda, que daba á todos los tonos una violentísima fuerza de expresión, caminábamos de nuevo por la tierra abrasada, sólo viva por los calientes aullidos de las fieras y por los densos perfumes que hacían languidecer en un enervamiento pesado y confuso.

Brillaban los arreos de las cabalgaduras, con su algarabía vibrante de colores, y los estribos de metal espejaban al sol centelleantes.

Cantaban nuestros montañeses esas melodías ungidas de tristeza, que bajo la obsesión del sol producen el más

acre desconsuelo, y las voces se alargaban en un motivo igual, angustiaban, como si en aquel canto se recogiese todo el dolor de la tierra.

Perla había recobrado su ardor voraz, su fiera energía, y sus pupilas insondables afrontaban de nuevo lo desconocido, como dos negras águilas abiertas sobre la victoria.

Lejos de la actividad humana, perdida en tierras salvajes, tierras de crimen, de misterio y de muerte, ella avanzaba como si un Dios la guiase á través de las tinieblas, de los peligros, de los terrores, y como si al fin de la jornada la esperase un mundo constelado de estrellas.

Diríase que la amada caminaba embriagada por un pensamiento heroico, y que en su corazón, tantas veces agobiado por el dolor, habían nacido alas.

La hebrea, amando cruelmente, sufriendo con dura aspereza, combatiendo sin tregua, valerosamente sola con su fe sobrehumana, con su pasión inagotable, había forjado su alma con manos tiránicas, y podía ofrecer en todo momento, un caudal de energía fuerte, tumultuoso y renovado.

Ella con su sangre más preciosa había dado animación al puro sueño de amor, y lo mantenía ardiente y triste en el fondo de su alma tenebrosa.

A medida que desentrañábamos el inmenso corazón africano, el paisaje adquiría una más bárbara violencia, un aspecto más frenético y huracanado.

Y el país se hacía como una prolongación del alma de aquella criatura, hecha de ansiedad, de fuego y de deseo.

Caminamos largo tiempo entre rocas agrias, desoladas y titánicas, y parecía que iniciábamos nuestra peregrinación á los infiernos.

Otras veces el país tenía como un éxtasis salvaje, como una febril vehemencia contenida, como un ardor latente que curvara la costra de la tierra.

Mi alma, que todo lo ha amado, que todo lo ha poseído, y que ha renunciado orgullosamente á todo, bajo la inspiración de aquella criatura soberbia, sentía como un ansia de renacimiento, como una dilatación férvida, como un vuelo hacia cimas relucientes de espejismos, coronadas de nubes y pobladas de águilas triunfales.

Y nuestros espíritus, tan exquisitamente sutilizados por el dolor, percibían una vida más allá de todo límite

humano, una vida quimérica que era solamente nuestra, que se prolongaba en inmensidades ignotas, que centuplicaba nuestras fuerzas, pobres como antorchas que se apagan.

La tierra, el aire, las bellas formas vivas, tuvieron aquel día una suave unción de alba primaveral, y en aquella inocencia pura y noble, la amada semejante á un arcángel satánico, la criatura de infierno, la mujer eterna hecha de miseria, de perdición, de crueldad, de tristeza y de tedio, era como un reto trágico á la vida dulce, clara, pálida y silenciosa, como una rebeldía demoníaca en la inefable serenidad de las cosas.

Y era más mortificante, más penosamente crudo el contraste entre la criatura pasional y el paisaje terso, porque en aquellos instantes diríase

que la fabulosa tierra africana era un paraje angélico, un lugar de ensueño hecho de un encanto exquisito, suave y virginal.

A la noche acampamos en un oasis poblado de pájaros, de rumores, de fantasmas á la luz de la luna.

Nos envolvía un aliento vegetal animador como la esencia misma de la vida, y lejos escuchábamos un fugitivo son de agua, que se desvanecía opacamente en el silencio de la noche.

El-Kelbi, un moro viejo de nuestra caravana, se había acercado á mí sigilosamente, y en voz muy baja, recatado y grave, me había dicho que estábamos en los dominios de los bandidos del desierto, y que era preciso vigilar toda la noche, y sobre todo no encender luces.

Quedó de vigía un kabileño, de la traza aguda y fiera de un chacal, y los demás nos retiramos á las tiendas que apenas albeaban entre la confusa fronda.

De la sombra surgían desconocidos perfumes muy penetrantes.

La luna dejaba en la tierra algo de su frialdad helada.

Y la luz que penetraba en la tienda, daba una apariencia mágica á la pálida hebrea, que envuelta en su túnica roja semejaba un arcángel ensangrentado.

La febril inquietud del peligro, la trágica espera de la muerte avivaban nuestro amor, nuestros deseos cada día más dolorosos, nuestro ardor que nos devoraba la sangre y encendía la calentura en nuestros ojos.

Dulcemente, con aquella manera

suya, que era una fascinación, la amada me ofreció sus brazos y rozó con sus labios mi piel seca y nerviosa, y la atracción de su amor me hizo olvidar la muerte, la vida, los presagios de horror que traía la noche.

La hebrea tenía entreabierta la túnica, y á la luz de la luna surgía indecisa y perturbadora la visión de su desnudez, de su carne morena hecha de deseos, de aromas y de fulguraciones.

Los brazos de la amada se enroscaron á mi cuerpo, y las puntas de sus pechos se apoyaron en mi carne electrizada.

Aspiraba ávidamente el perfume de sus axilas, penetrante, húmedamente sensual, y sentía sutilmente el roce de su vientre cálido, la palpitación de su sexo, la aspereza tibia de su trián-

gulo de amor, encrespado y salvaje.

Mis manos lentas, manos implacablemente castigadas para contener el ansia de la destrucción, acariciaban los muslos fríos y ágiles que me apretaban frenéticamente, las soberbias pomposidades de su carne torturada por el deseo, la divina herida de amor que se entreabría como una boca que besa, la fosca y breve maraña de cabellos que crujían entre mis dedos como ligeras víboras que se desenroscan.

Sentía en mi carne el latir de su corazón, y me parecía que toda mi vida se adhería indestructiblemente á la suya.

En un suspiro suavísimo, la amada me dijo una palabra, y como un vampiro se enlazó convulsa á mi cuerpo obscuro y enjuto, de asceta ó de demonio.

De pronto, un rumor confuso, ahogado y rápido, hirió brucamente el silencio.

Me desprendí de los brazos de la amada, y escuché.

Se percibía como un jadear nervioso, como un aullar estrangulado, como el roce de dos cuerpos que se arrastraran entre la brava maleza.

Vibró al fin un grito roto, y de nuevo se hizo el silencio.

Salí de la tienda, y á la luz de la luna vislumbré á nuestro kabileño que se acercaba lento, tortuoso, con paso que tenía la blandura aterciope-lada y cautelosa de las fieras.

—¿Qué ha sido, Mujammed?

—Señor, un bandido venía arrastrándose como una serpiente, le he esperado inmóvil, y...

—¿Le has matado?

—Sí.

Encendí un farol, y ocultando con la mano su resplandor, me aproximé al muerto.

Al iluminarle violentamente la llama, aparecieron sus ojos abiertos, que aún conservaban el brillo alucinador de la agonía.

Tenía una enorme herida en el cuello, y la sangre aún manaba impetuosa de la herida, formando un ancho charco que nimbaba de rojo la cabeza.

Era uno de esos árabes del desierto, momificados por el sol, que parecen tener una animalidad distinta y rara, y que poseen algo de la nobleza del águila y algo de la ambigua perversidad del tigre.

Indiferente y frío, sosteniendo en alto el farol, el kabileño contemplaba

al asesinado con esa rígida expresión de ensueño y de alejamiento, que es la máscara de todos los hijos del Islam.

Tornamos silenciosamente á la tienda.

El montañés quedó de nuevo vigilando entre el bosque, y yo volví á los brazos de la amada.

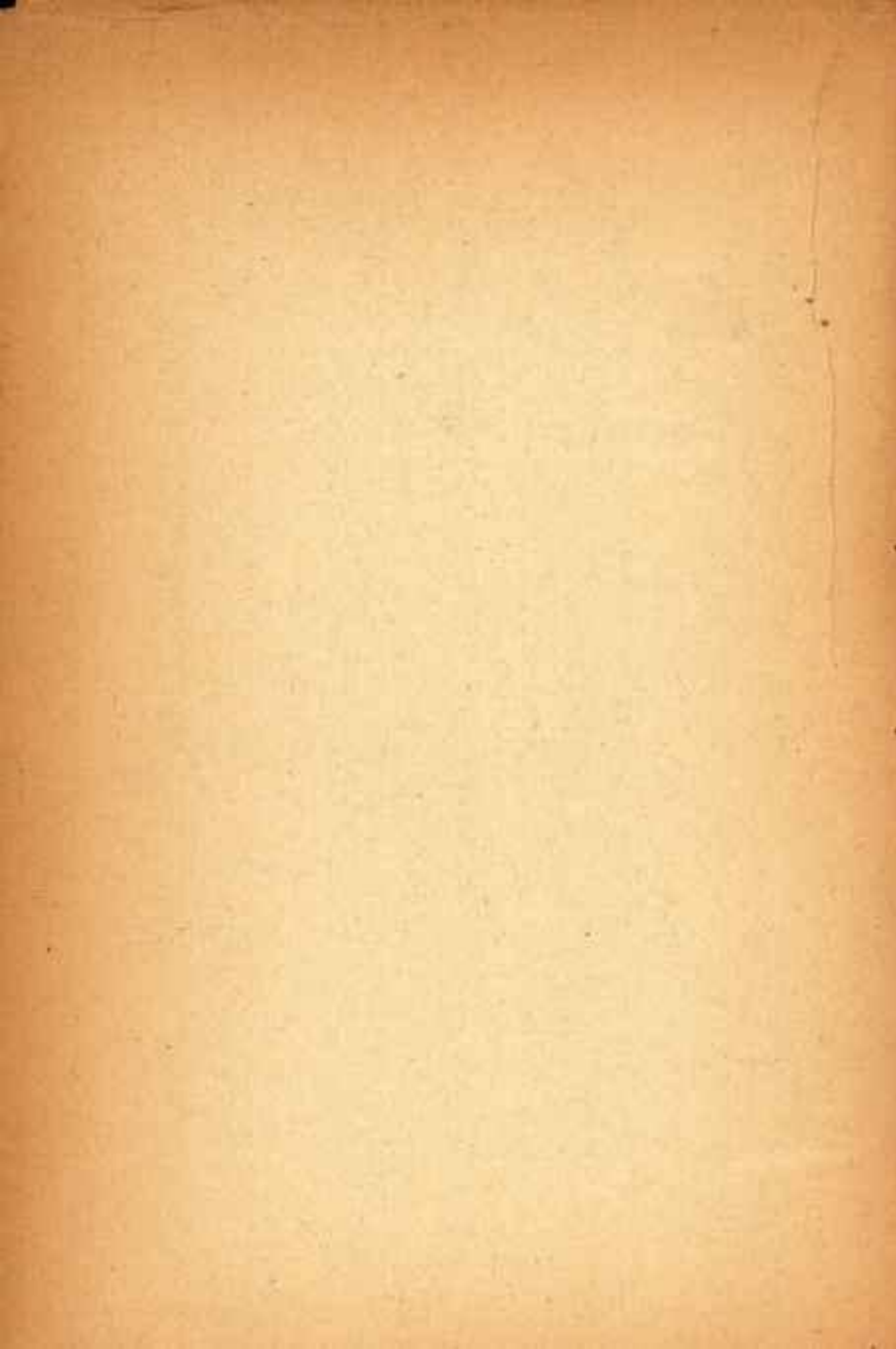
Con los labios muy juntos, en un beso áspero, insaciable, le hablé del asesinado, que lívido y sangriento, esperaba los dientes de las fieras á unos pasos de nuestro lecho.

Y la muerte que había pasado, y las ráfagas que parecían venir impregnadas del olor de aquella sangre, fueron como un venenoso afrodisíaco sugeridor de diabólicas embriagueces.

La hebrea se durmió extenuada, ri-

gida, inconcebiblemente pálida, semejante á un cadáver en el ataúd.

Nada nos acerca tanto á la muerte, como las crispaciones del amor.





CAPITULO VII

Estábamos bajo árboles magníficos, de una fluidez dulce y fresca.

Y el paisaje era de una gracia tan tentadora, tan inconcebiblemente delicada, que hacía pensar exquisitamente en divinos cuerpos de mujeres muy jóvenes.

Habíamos hecho un alto en la jornada, y descansábamos bajo el bien de los árboles, en la sombra cordial constelada de fulgores.

Perla llevaba aquel día una vestidura de Oriente, de un tono suntuoso y caduco de oro viejo, que armonizaba maravillosamente con su expre-

sión tenebrosa, y con su belleza satánica.

Había en el aire una tan férvida intensidad de vida, que despertaban en mi sangr subterráneas energías, las energías que en otro tiempo ya lejano me parecían águilas victoriosas, conductoras de presagios insignes.

Y por ese milagro, que es el renacimiento sin fin de la vida, otra vez escuchaba aquellos rumores divinos que semejaban voces de arcángeles.

Aquella sed insaciable que me hacía desear vorazmente el caudal inagotable de la vida, me atormentaba de nuevo, y el ansia de eternidad me repetía su angustia, su implacable dolor, su inútil suplicio titánico.

Exquisitamente bella, triste y grave, la amada perdía la mirada en el horizonte breve, gentilmente engala-

nado con las ramas ligeras y floridas.

—Presiento, amado, que no llegaremos al otoño. Algo misterioso, indecible, me anuncia que los días de nuestro amor están contados, y á pesar de tu desencanto, de tu fatiga, de tu renunciamiento, no sé qué alegría extraña, cruelísima, percibo á veces en ti. Algo como la inconsciencia de una juventud siempre multiplicada, algo como una avidez que busca siempre y que nunca se sacia, algo como un despotismo tiránico, criminal, que exige el sacrificio de vidas á través del dolor, de la sangre, y hasta de la misma muerte.

Aquellas palabras de la amada, dichas en el tono humilde y tímido de una súplica, me dieron con crudo relieve la representación de una parte viva y sangrante de mi alma, y me

evocaron obscuras tragedias silenciosas, en las que el dolor torció bárbaramente para siempre pobres espíritus que se tendían á mí llenos de bondad, de resignación y de ternura.

Hay en el camino de mi vida muchos crímenes, muchas ruinas, muchas sombras atormentadas por la pena, muchos despojos de almas á las que yo he asesinado con crueldad fría; pero la fatalidad me ha arrastrado siempre tras la quimera de un destino que nunca se cumplirá.

—Tú no sabes, no lo sabrás nunca, hasta qué punto yo me doy al amor, hasta qué extremo inverosímil me entrego á él con una fe cerrada, con una desesperación absoluta, con una angustia que jamás se calma, y tú no puedes imaginar el tormento más que humano, la tortura salvaje de adivi-

nar que tú te alejas, que tú sentirás irremediablemente la fatiga de mi adoración, de mi vejez miserable, y que un día no lejano, tú sonreirás con tu sonrisa cruel y fría, mientras yo me retuerzo de dolor y de rabia, y muerdo la tierra y clavo las uñas en mi carne.

En aquellos instantes revivía en la amada la mujer antigua, la pura mujer de Oriente que no sabe sino de amor y de dolor, las dos cumbres de la vida, y que tiene el alma abierta al milagro, á la revelación, á la luz que resplandece maravillosa y á las tinieblas infernales que matan los ojos y engendran los cortejos horribles de fantasmas.

Como en una fulguración, la amada se transfiguró, y sus ojos, que habían tenido la expresión de una venganza,

se dulcificaron y adquirieron transparentes claridades.

Insinuante, dócil, la amada se tendía á mí como una mano que implora.

—¿Por qué no ser infinitamente buenos, con esa bondad humilde, desconocida, un poco huraña y un poco triste, pero que consuela siempre con una frescura inagotable? ¿Por qué no prolongar nuestro amor, que es caduco y lleno de desesperanzas, con esa bondad que es más fuerte que todas las adversidades y que todos los dolores?

La voz de la hebrea era luz, era alma.

Me acerqué á su cuerpo, y aspirando el perfume cordial y penetrante de su pecho, la besé suavemente con un beso más leve que un pensamiento fugitivo.

--Amada, tú eres toda la bondad, la bondad única que ha cruzado por mi vida, y que me ha sonreído dulcemente á través de un velo de lágrimas. Yo he sido lo que el destino me ha hecho, una interrogación que no encontrará nunca la respuesta, y una inquietud que se ha elevado como una llama, y que como una llama agoniza y morirá al fin. ¿Que cómo un arcángel maldito he creado y he atraído la desgracia? Tal vez, no sé. Sé que á veces he pasado por la vida como un místico, con el alma en la sombra de Dios y los labios entreabiertos por la sed de eternidad, y sé que á veces una alegría trágica, tempestuosa, delirante, me ha transportado hasta límites monstruosos de horror y de exaltación. En aquellos días lejanos de mi juventud ágil,

ardorosa y pensativa, yo quise ser un arcángel, y el pobre arcángel se hizo hombre, fiera, espectro, miseria, nada...

La cabeza de la judía parecía estar nimbada por el ensueño, y en sus ojos resplandecía el fulgor sagrado de la iluminación.

—Amado, yo no sé qué encuentro en ti, que á veces me da miedo, que me produce la atracción indefinible y penosa de un abismo negro erizado de enigmas. No sé; pero presiento que tu amor es sólo desesperación, necesidad de tiranía y quizá desprecio, desprecio implacable hacia ti, hacia mí, hacia todas las cosas de la tierra. Tú no sientes la piedad, la divina compasión que nos arrastra á consolar á las almas que sufren y á curar con nuestras manos las heridas de la

carne. Tú eres frío y tenaz como el acero, eres impasible como un monstruo, y tu tristeza es crueldad velada, oculta, la insensibilidad de un ser que no perteneciera á este mundo.

Sonreí ante las ingenuas inquietudes de la amada, y la acaricié con aquella caricia viril, áspera, fuerte, que apaciguaba la vibración dolorosa de sus nervios.

A esa hora en que la luz tiene un mágico fulgor de joyas, vino envuelto en el oro de la tarde un cortejo de gentes de la montaña.

Eran tres músicos *yebliés* y dos mujeres de andar rítmico y de redondas caras de ídolos.

Regresaban de la fiesta de un *duar* lejano, y en peregrinación constante caminaban hacia las fiestas de otro *duar*.

Tomaron el té en nuestro campamento, y antes de que llegara el crepúsculo quisieron bailar ante Perla las antiguas danzas de la montaña.

Sonaron las *camanyas* con estridencia quejumbrosa, y se elevó el canto con una tristeza brusca, rota y aullante.

Los hombres, sentados en el suelo, cantaban con acentos de salmodia esos cantos bárbaros que expresan el dolor con tan ruda fiereza.

A veces, el canto desmayaba con una dulzura suspirante y era como una ráfaga de voluptuosidad, como una esperanza de vida, como una infame tristeza de amor; pero de nuevo se hacía áspero, rugiente, tremante de ansiedad y de angustia, y el eterno dolor nos hacía hermanos de aquellos cantores de alma obscura, y de los

anónimos poetas remotos que compusieron aquellas canciones con la crueldad desesperada de quien se arranca vivo y sangrante el corazón.

Lentas, casi inmóviles, con un movimiento que apenas ondulaba las anchas caderas, las mujeres iniciaron los estremecimientos sagrados de la danza.

Una de las mujeres tenía los ojos leonados y pensativos, reluciente la piel morena, carnosos y descoloridos los labios, y la expresión grave y resignada.

Toda su actitud era de renunciamiento, de ansia de ser olvidada, y de postrarse en un camino, indiferente al sol y á las tempestades.

Bailaba como si la agitaran fuerzas invisibles, y en su rostro, que parecía mineralizado, no aparecía ni el

vibrante centelleo de una emoción.

La otra danzarina era toda ella una alucinante red de nervios vestidos de una piel ardorosa y flava.

Tenía los ojos quiméricos, inverosímiles como los de esas misteriosas diosas de Arabia, que alguna vez vislumbramos en un sueño; los sutiles labios entreabiertos, dejando ver los dientes blanquísimos; la piel inconcebiblemente pálida, con una palidez más triste y más trágica que la de una muerta.

Para aquella mujer la danza era una tortura, un sufrimiento lleno de enigmáticas voluptuosidades, algo como una suprema fiesta de amor ó como un terrible sacrificio de muerte.

En su cuerpo armonioso como un antiguo alaud, el ritmo de la danza parecía fluir de obscuras entrañas, en

las que aún viviera latente y oculta la esencia milenaria de su raza.

Ella encarnaba la sensualidad, la pena, la calentura, la ferocidad, el orgullo, el misterio de aquella primitiva raza berberisca, refugiada como las águilas en la cumbre de negras montañas gigantescas.

Y su danza era como un rito religioso, como una extenuación de amor, como una crispación horrible, como una súplica tierna, como el gesto trágico de un crimen.

Diríase que de su carne surgían fulgores, relámpagos lívidos, y que toda ella quedaba envuelta en un halo de esplendor y de hechicería.

Aquellas dos figuras inactuales, bellas, bárbaras y melancólicas, tenían un profundo atractivo sobre la iluminación encantada del horizonte.

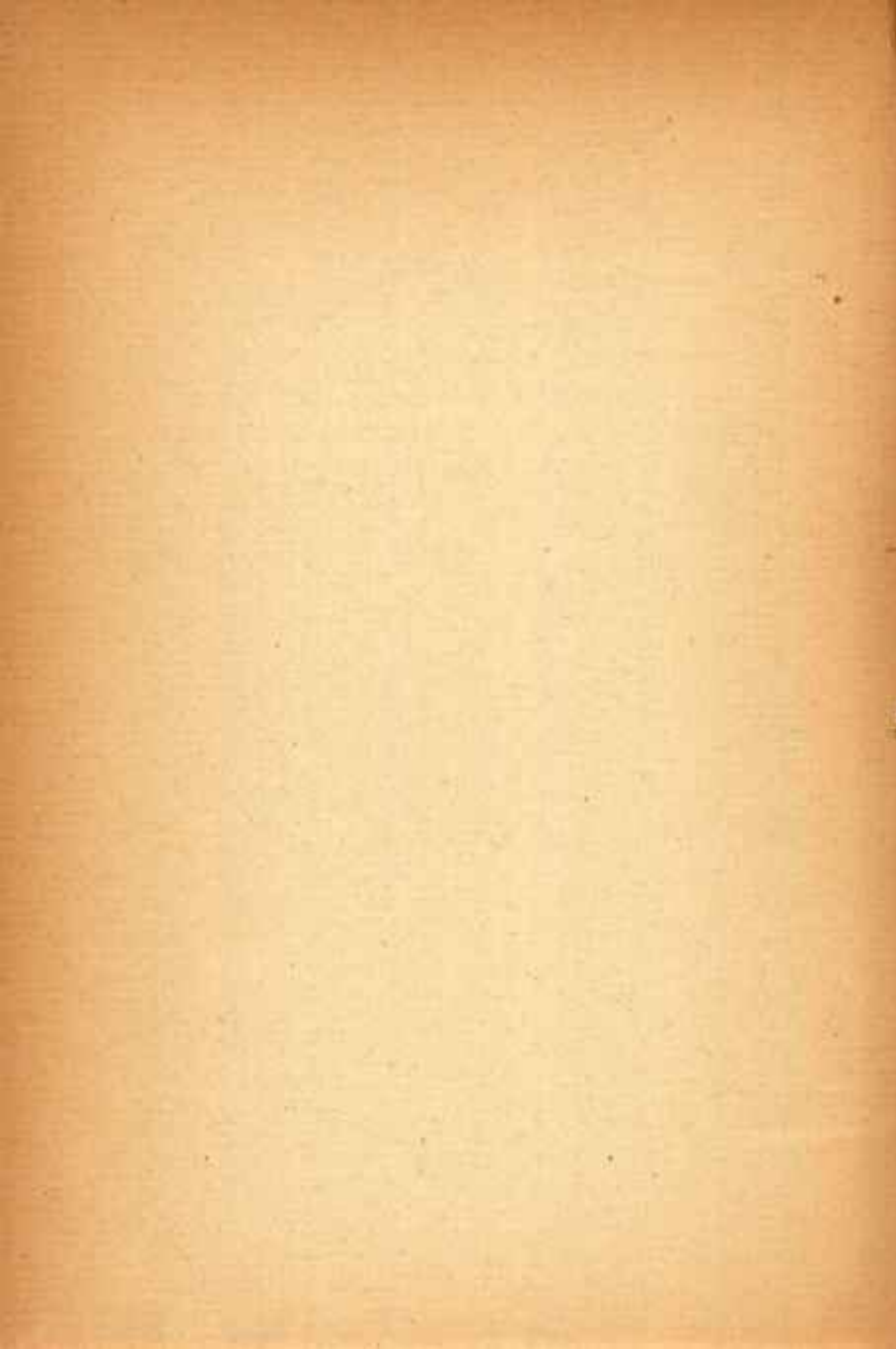
Perla contemplaba extasiada aquella peregrina escena de siglos, en la que ni el paisaje ni las figuras habían perdido su pura y noble gracia antigua.

Y la mujer nómada sentía acremente no poseer el alma breve, musical y resignada de aquellas criaturas, ni su juventud fuerte, hecha de animabilidad y de ritmo, ásperamente endurecida por el sol y jugosa y densa como el líquido de una fruta llena.

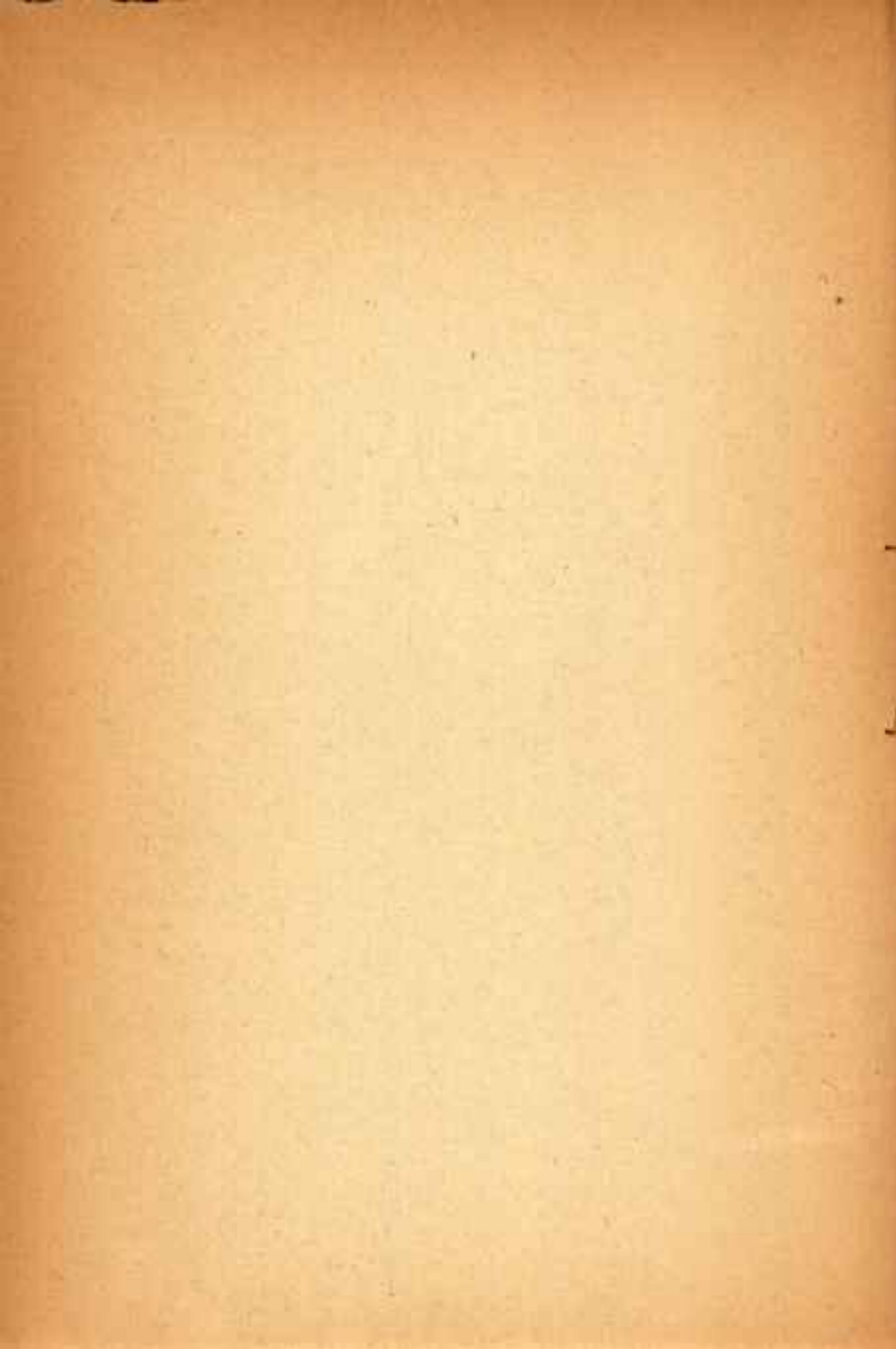
Desaparecieron los juglares de la montaña, y en tanto que la servidumbre disponía el campamento para la noche, la hebrea y yo quedamos otra vez solos, solos con el arcángel negro de nuestro amor, que tenía siempre las alas abiertas en espera del vuelo.

Nos inmovilizaba la infinita unción
de la noche.

Y nuestros párpados se cerraban
lenta y suavemente, como para morir.



CAPÍTULO VIII



Aridez febril de sol, hierbas secas, adustas, como quemadas, huesos blancos, rotos por los dientes de las fieras, desierto, fatiga.

Perla caminaba siempre á mi lado, más ardorosa, más flexible, á medida que el sol era más violento y la tierra más desolada.

—¡Cuánto me arrepiento, amado, de haberte arrastrado por mi inquietud y por mi aventurerismo á esta tierra maldita, donde no florecen ni aun los sueños!

—¿Por qué, amada? Yo te hubiera seguido siempre como al destino.

¿Qué hubiera hecho en mi casa solitaria? Esperar, esperar siempre horas interminables, con las manos sin sensibilidad, con las pupilas fijas sobre algo que no se precisa nunca, con el alma perdida en una eternidad estéril, fría, sin un rayo de sol.

—¿Por qué no me cuentas el misterio de tu vida, ese misterio que á mí me angustia y me perturba, y que es siempre sobre nuestro amor como una inmóvil sombra negra?

—¿Para qué, amada? Lo pasado es tristeza, muerte, y algunas veces sangre...

Cruzaban bandadas de pájaros, que cantaban estridentemente elevándose hacia el cielo.

La arena, lejos, adquiriría la tonalidad soberbia de la púrpura, y el cielo resplandecía con luces de esmera

de topacio, de agua marina, en una deslumbradora iluminación fabulosa.

Tardas golondrinas rozaban la arena con un vuelo lento y desfallecido.

Y entre las ramas de algunos árboles solitarios, parecían flotar aún indecisos los últimos jirones del alba.

Semejantes á curvos sables agarenos, se erguían de cuando en cuando las hojas de los cactus, y el verde acerado de esta planta era lo único que refrescaba el paisaje abrasado.

Crujía la arena, resquebrajada y rota como nuestras pieles, y el aire era fiebre viva y aliento de muerte.

Perla, con las pupilas consteladas de sol, con los labios entreabiertos, aspirando sensualmente la calentura del aire, con una expresión de energía más tenaz, más concentrada, más fiera, avanzaba sin detenerse, como una

voluntad sin freno, inmutable y salvaje.

Su caballo, nervioso y negro, lleno de ímpetus, de inauditas resistencias, se adaptaba de tal modo al espíritu infatigable y dominador de la amada, que soportaba las más ásperas jornadas sin que el sudor manchara su brillante piel de seda, ni sus ojos perdieran su violentísima vida sangrienta.

Y la fina mano de la judía, segura, firme, imperativa, ni vacilaba jamás, ni desmayaba nunca en aquellas horas mortales en que el sol envenenaba nuestras sangres.

En aquel rincón de sol y de arena, la vida parecía absolutamente aniquilada, y sólo la voz del viento pasaba ungida de revelaciones sobrenaturales.

—¿Te acuerdas de aquel día en que

hablábamos de este viaje á través del silencio y del desierto, como de algo remoto que no hubiera de realizarse nunca?

Yo lo deseaba con todas las potencias de mi alma, con un deseo que era una exasperación constantemente recrudecida por la ansiedad y por la duda, y cuando tu te alejabas de mí y con tu gesto orgulloso y frío tornabas á tu desencanto, á tu indiferencia, yo sentía morir mi última esperanza, y te veía lejano y extraño, perdido para siempre.

—Hoy presiento que serás mío, absolutamente mío, que moriré junto á ti, y que mi sudor de muerte, la cristalización de mis pupilas, el beso final, te dejarán una huella amarga que no olvidarás nunca. Seré el último espectro que viva en tu alma, y el que en

las horas de postración y de desaliento te lleve de la mano siempre adelante, recto como el destino.

—¡El destino! Soy la fatalidad misma, todo cuanto mis manos han tocado ha sido maldito, todo lo he perdido y nada espero ya en la tierra.

La amada avanzaba al trote ágil de su caballo, erguida, maravillosamente llena de energía, sedienta de luz, de aire, de esfuerzos violentos, de vida caudalosamente plena.

Todo el amor humano resplandecía en su rostro de pasión, que á veces se inmovilizaba, rígido como una máscara.

Las perspectivas lejanas tenían la entonación delicadísima y fría de las puras imágenes inmaculadas.

Y percibíamos dolorosamente que todas aquellas cosas no tenían una

sola vibración, ese aliento de esperanza, de súplica, de adoración, que palpita en las formas expresivas de vida.

Bruscamente se inició el crepúsculo en la inmensidad del desierto.

El cielo, como una piel de cebra, se llenó de franjas luminosas, y los tesoros celestes parecieron difundirse por el aire con una ensangrentada fulguración de rubíes.

Las aves, que volaban con penetrantes estridencias, sembraban joyas vivientes.

Y en el horizonte, las primeras sombras negras parecieron manos gigantes que estrangularan al sol.

Atravesamos pequeños poblados bárbaros, semejantes á las moradas de las primeras tribus que adoraron al sol.

Y diríase que un terrible estrago ó la muerte, había dejado desiertos los

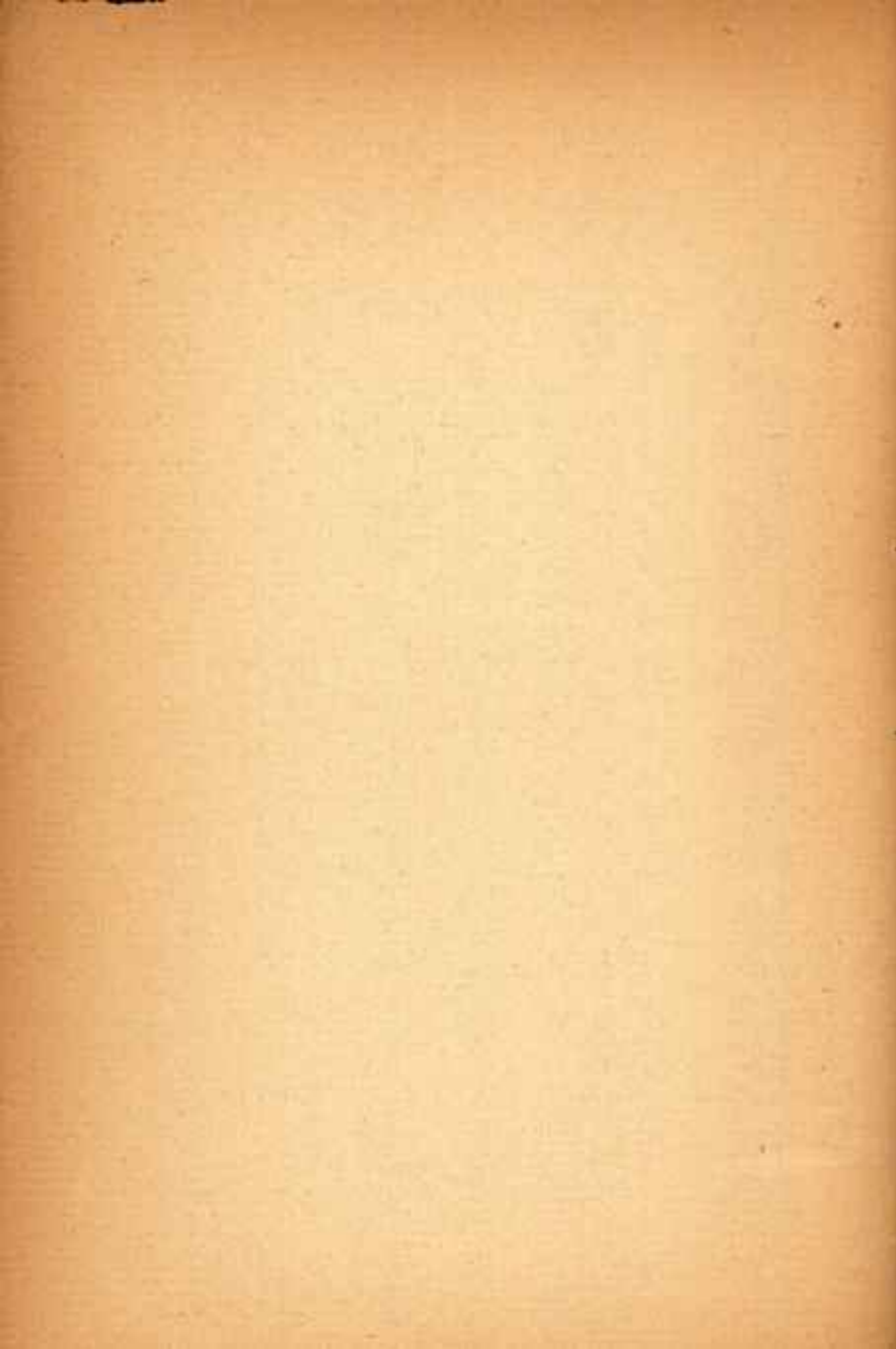
hosclos duares, agotándolos en un angustioso soplo de abandono.

Descansamos en una de aquellas ariscas viviendas de barro y cañas, tendidos sobre un viejo tapiz *susi*, contemplando por entre las hendiduras de la techumbre el cielo azul en el que fulguraban lúcidamente las estrellas.

Ladraban los perros á los fantasmas del desierto y yo besaba á la hebrea con besos de vampiro, que ella recibía mortificada y ardorosa.

Y nos amamos como dos fieros kabileños, con una salvaje violencia de nervios enloquecidos y torturados por el sol.

CAPITULO IX



Al desierto había sucedido un paraíso febril de vegetación y de perfume, y caminábamos por entre árboles gigantescos que tenían como una inmensa alegría edénica.

Agilísimas plantas parasitarias se enroscaban ávidamente á los árboles, y en todo aquel enorme esfuerzo vegetal había como una ascensión, como una tendencia frenética á elevarse hacia el cielo radiante, hacia la luz suma.

El alma del bosque hecha con todas las secretas y calientes palpitaciones de la vida, penetraba en nuestra alma llenándola de ansiedades.

Todo brillaba con una estridencia metálica, las anchas hojas de los árboles, las serpientes doradas que se deslizaban entre el verdor, la tierra de una encendida coloración de cobre.

La hebrea aquel día apareció ferviente, desordenada, como bajo el fuego de una calentura.

El olor de la vegetación, el calor dulce y húmedo, las magias del sol entre la fronda, compusieron en su rostro una expresión de belleza delicada y cruel, que me produjo un penetrante malestar amoroso.

Ella era un divino tesoro de energías instintivas, y todo en su existencia era desmedido, turbulento, como la voz de un huracán ó como los silencios inenarrables del desierto á la hora en que asciende la luna.

En lo más intrincado del bosque en-

contramos una caravana de negros que caminaban hacia las ciudades del Norte, desde sus patrias floridas de los caobales, de los lagos y de los elefantes.

Los árabes que conducían toda aquella negra carne de esclavitud, eran de esos hijos del desierto, solitarios, enigmáticos y desdeñosos, que pasan por los escondidos duares como un viento de tempestad, robando cuanto encuentran á su paso y dejando tras de sí un terrible rastro de sangre.

Todos tenían el aire altivo y hermético, rostros descarnados, profundamente pálidos, labios sutiles y enérgicos, ojos pequeños y fosforescentes.

Venían envueltos en amplias vestiduras listadas de rojo y de negro, y llevaban arrolladas á las cabezas blan-

cas tocas ligeras que descendían hasta la barba.

Traían ásperamente secas las fauces, quemadas las pupilas por las visiones del desierto, cubiertas de polvo las caras morenas y enjutas.

Con cortesanía caballeresca descendieron de sus cabalgaduras y nos saludaron llevándose la mano al pecho é inclinando gentilmente la cabeza.

Y toda la caravana se detuvo en un alto alegre y estruendoso.

Los negros, que se apretaban compactos y ululantes, se esparcieron alegres y joviales, y las negras, de divinos cuerpos rítmicos, corrieron por los campos magníficamente animales y armoniosas.

Bajo un árbol milenario sirvieron nuestros criados el té aromático, y los árabes de la caravana, silenciosos y

oscuros, se sentaron junto á nosotros formando círculo, como para un rito.

No hablaban, y apenas de tarde en tarde sonreían, descubriendo sus blancas dentaduras de chacales.

Gustando el té, perfumado de menta, y fumando las largas pipas de kif, los ismaelitas misteriosos se entregaban al ensueño, al éxtasis inefable, poblado de iluminaciones, de amores, de sangre y de poesía.

El más joven de los árabes, un escueto mancebo, de cara espectral y de pupilas diabólicamente fulgurantes, que llevaba pulseras de plata en las finas muñecas y un collar de ámbar ornado de extraños amuletos, sacó de entre sus negras vestiduras un precioso *guembri* incrustado de nácar y comenzó á tocar un aire lento, triste y cristalino.

Tenía el gesto desvanecido y grave de un iluminado, y al herir las cuerdas, sus dedos parecían vibrantes de una vitalidad dolorosa y desconocida.

Al son del *guembri* se acercaron los moros de nuestra caravana, hechizados como serpientes al silbido del fascinador.

Perla, convertida en mujer de tribu ardorosa y fanática, se tendía como una llama al encanto de aquella música impregnada de una melancolía de siglos.

Y el poeta del desierto, con una voz suave y velada, cantó una canción de Antar, el antiguo y gentil vate de Arabia, que había ornado de preciosos *moal-lakat*, el santo templo de la Kaaba:

“Yo te amo, oh Zohra, como aman los corazones puros.

„Me contenta solamente adivinarte en sueños.

„En ti espero, y por ti doy toda mi sangre.

„Oh, Zohra, ¿quién podría decir tu belleza?

„Ella supera á todo lo que la belleza tiene de más perfecto.

„¿Diré que tu rostro es igual que el brillo de la luna?

„¿Pero la luna tiene ojos de gacela?

„¿Diré que tu cuerpo es semejante á una rama de arac?

„¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

„La blancura de tus dientes es más exquisita que la de las perlas.

„¿Cómo podré compararlos á las perlas?

„La luz de la verdad resplandece en tu frente.

„Y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

„Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso.

„Y tus miradas matan, guardadas por las flechas de tus pestañas.

„Tu desdén es mi tormento horrible.

„La pena de mi corazón.

„Más allá de tu belleza están los leones del desierto.

„Las hojas de las espadas y las largas lanzas.

„Tu rostro es como la luna, amada.

„Luce de cerca, pero no se la alcanza nunca.“

Tenían las notas del *guembri* y la voz del cantor una pena ancestral, que despertaba en nuestras almas todo un tumulto de recuerdos y de tristezas pasadas.

La tarde era toda dulzura y ensueño.

Inmóviles y pensativos, los árabes de la caravana y los moros de nuestra escolta, rememoraban lejanas añoranzas, perdidas tragedias de amor.

Y el poeta de expresión de místico, tornó á cantar:

„Levántate, compañero, y sepulta tus penas en la sombra.

„Bajo las verdes ramas, cerca del lago de cristal, al son del alaud.

„Las frutas brillan como estrellas á través del espejismo del desierto.

„Las anémonas podrían compararse á los pechos de las doncellas árabes.

„Los dátiles, que comienzan á dorarse, son semejantes á la extremidad de los dedos de las jóvenes bellas.

„Los limones fulgen como el sol que sale detrás de las colinas.

„Las palmeras están vestidas como novias, con las galas de bodas.

„El canto de las aves es dulce, y no se escucha el graznido de los cuervos.

„El ruiseñor dice amores entre los perfumes.

„¡Oh, mi Dios, qué noche en este jardín lleno de flores, de resplandor y de armonías!

„Las tórtolas me hablan de sentimientos suaves y de pensamientos ligeros.

„El ruiseñor contesta á las palomas de los bosques, como se responden las cuerdas de un instrumento melodioso.

„Las ramas se inclinan como embriagadas.

„Los perfumes son más intensos que los turbadores aromas del almizcle y del áloe de Tamán.

„Las rosas y los jazmines dan sus

almas, y las violetas nacen junto á los narcisos.

„El árbol del incienso es un amable confidente que oculta los secretos.

„Y el río canta, canta con todas las voces de la tierra, y sus ondulaciones trazadas por el viento semejan las mallas de las corazas forjadas por David.“

El poeta se detuvo un instante, y después, como si sufriese la tortura de amor, tornó á cantar:

„¡Oh, Zohra, qué dulce es la muerte cuando llega en la punta de la espada!

„Muéstrame un caballero que se me asemeje en el día del combate.

„Si mi color es obscuro, yo lo haré más brillante que el sol, bajo el sople de la victoria.

„Soy la muerte, hijo de la muerte, y las espadas son mis amores.

„Mi gloria es la batalla, y mi bebida la sangre de los valientes.

„¡Oh, Zohra, qué lejos estás! ¿Volveré á verte algún día? ¿No me matará mi amor?

„¡Oh, Zohra, este horrible amor me ha hecho desear la muerte!

„Sé como se debe morir, y este pensamiento me eleva como un arcángel.

„Pero el corazón no se consuela.

„Mis párpados, que parecían descansar, nadan en sangre á la hora de las tinieblas.

„Y el canto me entristece amargamente, porque me recuerda á la amada.

„Cuando mis lágrimas corren desesperadas, las retengo con las manos del deseo y de la melancolía.

„Ave del Ban, tú lloras, y tu llanto es igual al mío.

„Canta, ave del Ban, pues la desgracia no llega á ti.

„Dame tus alas, ave del Irak, para volar á las regiones amadas.

„¡Oh, Zohra, si las fieras contemplaran mis sufrimientos, tendrían piedad de mí“

Cesó el poeta, y en nuestro círculo se hizo un silencio lleno de voces ocultas, de ardores contenidos, de ansias desgarradoras.

Comenzaban á caer las sombras sobre la tierra de un color acre de animal salvaje.

Y en aquella hora, hasta las flores y las viejas cosas inmóviles, parecían concentrarse tristemente, y recordar...

Otro árabe, de rostro hermético y sutiles labios desdeñosos, cogió el ligero *guembrí* de sonar sollozante, y pulsándolo con gentil destreza, cantó

otras canciones de Antar, el maravilloso poeta de Arabia.

Los negros de la caravana se habían ido aproximando á nuestro círculo, y bestialmente dóciles, esperaban con mirada recelosa y sumisa las órdenes de sus conductores.

Ellas tenían soberbios cuerpos negros, con finas piernas rítmicas, sobrias y suaves caderas, vientres limpiamente curvados, pechos breves y erectos, y una sensualidad turbadora, rica, ardorosa, que invitaba al asalto salvaje, á la violencia rugiente y á la mordedura feroz que deja en la piel una viva huella de sangre.

Traían ajorcas de cuerno, collares de vidrio, aretes de plata, telas fulgurantes, compradas por su esclavitud en los lejanos mercados de Tombuctu.

Uno de los árabes preguntó á Perla

si conocía las danzas negras, y la hebrea, con su avidez dolorosa de tan aguda, pidió alegremente que bailasen los ritmos bárbaros de las selvas fabulosas habitadas por las fiebres y por los tigres.

Sacaron un atambor de entre el extraño equipaje de la caravana, y un negro de traza atlética se puso á golpearlo violentamente con un son destemplado, rápido y salvaje.

Como magnetizados por esta música horrible, los negros se agruparon simétricamente y adoptaron las actitudes de la danza.

La horda fuerte y negra, permaneció un instante inmóvil; pero á una palmada, se agitó brusca y comenzó un baile alucinante, monstruoso, de saltos fieros, inarmónicos, de contorsiones grotescas y frenéticas, de re-

torcimientos inverosímiles, de bestiales simulaciones eróticas, de acres y feroces contactos de la carne, de desmayos viciosamente ambiguos, de impulsividades torturadas y como convulsas.

De toda aquella carne sudorosa, ardiente, excitada, venía como un aliento de lujuria, de podredumbre, de fatiga, que mortificaba con una turbación punzante.

Aquellos hombres, ebrios de sensualidad, de sangre, de inconsciencia, se curvaban como bronce vivos é inmundos sobre las hembras temblorosas que ofrendaban sus vientres con un gesto contenido y lascivo.

Jadeaban los pechos, relucían vivamente las carnes y olía á sexos irritados.

Vino la noche llena de tinieblas y

de prolongaciones misteriosas, y las soberbias esculturas negras se desvanecieron en la sombra palpitante.

Comenzó la instalación del campamento entre gritos guturales y carreras precipitadas.

Entre la sombra brillaban fugitivos faroles encendidos.

Perla se apoyó en mi brazo, y anduvimos lentamente por entre la vegetación delirante.

Llegaba hasta nosotros el aliento de vida del campamento como un ulular de fieras; pero yo lo escuchaba alejado y frío, como si ya no perteneciera á este mundo.

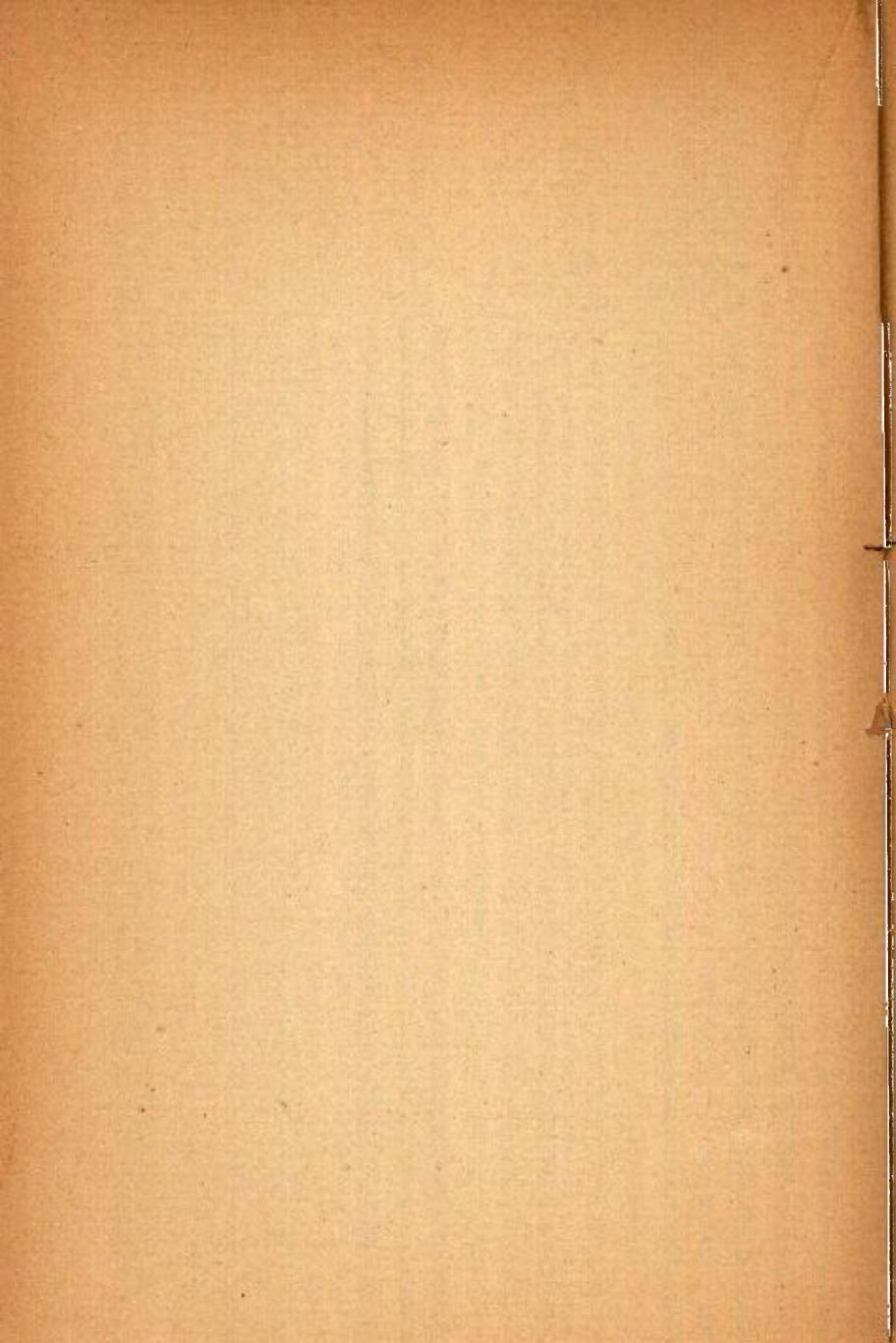
Y sentía el ansia de la soledad sin término, sólo interrumpida por el aullido del chacal que hiela la sangre en las venas.

Amar ferozmente, hasta hacer cru-

jir los huesos y rechinar los dientes, y caer luego como un muerto, sintiendo resbalar por las pupilas la caricia helada de la luna.

Y pensar opacamente, como desde otra existencia, en Dios, en la eternidad y en el enigma trágico de nuestra vida.

CAPITULO X



Atravesamos tierras tenebrosas, tierras hurañas, pobladas por hordas primitivas armadas de largas lanzas.

De la tierra se desprendía como un olor de calentura, y el sol, el aire, el paisaje, tenían una monotonía densa que angustiaba.

Algunos breves y lentos ríos serpaban entre la arena reseca.

Y ese desaliento, esa inquieta decepción que señala el término de los viajes, velaba nuestras miradas y daba una penosa aridez á nuestras palabras.

Una noche, Perla y yo contemplá-

bamos, á la luz de la luna, el desierto azul y resonante.

Surgían del mar de arena como pá-lidas turbas de fantasmas, y la luna llenaba de hechicerías el horizonte vasto.

Perla, recogida y silenciosa, se apoyaba sobre mi pecho, y toda su pobre carne herida se encogía como humilde y dolorosamente humillada.

En voz muy baja, ungida por la religiosidad suave de la noche, me dijo:

—Mi destino, amado, es la fatalidad, porque toda mi vida no es sino una insaciable ansia de amor. Sufro ahora, que eres mío, en este paraje olvidado, sólo nuestro; sufriré después si tú te alejas, y sufriré siempre, siempre, porque mi avidez es un tormento inextinguible. Tú me has dado un

amor único, un amor divino y un amor de infierno, pero has matado mi alma.

—Tu alma no puede morir; renace todos los días, y todos los días es nueva, fuerte, luminosa. Hoy tal vez me amas; mañana no sabes á quién amarás. Yo no soy ya sino una sombra. Mi destino está cumplido, y nada espero, ni nada puede darme el azar. Mi amor á ti es como un adiós último.

—¿Nada esperas? ¿nada ambicionas?

—Nada. Morir un día lejos de los hombres, lejos del mismo Dios, frío, impasible, despreciando mis ansias, mis crímenes, mis exaltaciones, mis bondades, mis maldades, todo ese obscuro tejido que compone nuestra vida, que á nosotros nos parece tan complejo y tan rico, y que no es sino-

una niebla que rompe la más ligera ráfaga de viento.

—En otro tiempo ¡tan lejano! cuando mi alma era brillante, ágil y recta como una espada de combate, hubiera sido un aventurero y hubiera deseado conquistar mundos para mi sueño heroico. Esta Africa negra y misteriosa me habría atraído mágicamente, despertando en mí los ímpetus que exaltaron á númeridos y libios los titánicos centauros de bronce. Este continente gigantesco, de las trágicas tenebrosidades, que de extremo á extremo se encuentra poblado de cadáveres de héroes, ofrece á la audacia el hechizo divino del peligro, de la victoria ó de la muerte. Y Africa, además, posee como la indefinible fascinación de la mujer múltiple y eterna; el Egipto, enigmático como una turquesa, tiene

la ambigüedad de un rostro de niña que sonríe bajo la sombra de unos ojos pensativos llenos de desconocido; la Tripolitania tiene la expresión fiera, altiva y calenturienta de una árabe pronta al amor, á la crueldad y á la venganza; Túnez es sensual, voluptuosa como una odalisca, y lánguida de perfumes y de sueños; la Argelia es ágil y bella, un poco acre y salvaje, como una danza de las Uled Naïl; el Mogreb tiene el encanto profundo, angustioso, inolvidable, de aquel amor que todos conservamos sangriento y dolorido en el fondo del alma, y el vasto y delirante resto de este mundo es negro, alucinador é impenetrable como un cortejo de mujeres diabólicas. Hoy, ¿qué me importa todo esto? La tentación de esta conquista es como la tentación de la mujer; pero,

¿qué me importa la mujer? Han acabado para mí todas las sugerencias, y ya no poseo ni una esperanza.

—Prodigar gloriosamente tesoros de energía, de fuerza más que humana, y revelar un Tombuctu ó un Kartum que sea como un nuevo manantial de vida, es un soberbio sueño para un alma plena. El mundo será de los dominadores, de los Césares audaces, fríos y crueles, para los cuales la vida no es sino un *stadium* donde se temple duramente la voluntad. El héroe futuro no conocerá el amor, ni la tristeza, ni todas esas veladuras angustiosas que nos oprimen á nosotros, fracasados hombres de transición. Ascenderá sin límite, y tendrá el magnífico gesto de una bella fiera que ha vencido. Yo estoy ya, amada, como del otro lado de la vida, y escucho

como desde la eternidad el rumor del futuro.

Perla, iluminada por las estrellas, parecía mi propia alma, aquella alma fiera, enérgica, inmutable, que murió el último día de mi juventud.

—¡Luchar! ¿Para qué? No somos sino polvo bajo el cielo vibrante de misterios. Nos curvamos como arcos con doloroso esfuerzo, creemos haber hecho algo singular, y al fin no hemos conseguido sino herir la sombra. ¡Vida! ¡muerte! ¿Qué importa todo esto en el enigma cósmico en que rodamos?

— Y, sin embargo, amado, nuestra alma comprende lo infinito y se tiende ávida hacia aquellos espacios en que se desvanece el pensamiento. ¿Por qué creernos pequeños, cuando en esta noche maravillosa nos senti-

mos como transfigurados, y parece fluir por nuestros espíritus lo desconocido, y escuchamos como la voz de Dios?

—Todavía podemos volver á ser puros, ansiar la felicidad con toda la vehemencia de nuestras almas renacidas, tener fe en nosotros, fe en el mañana...

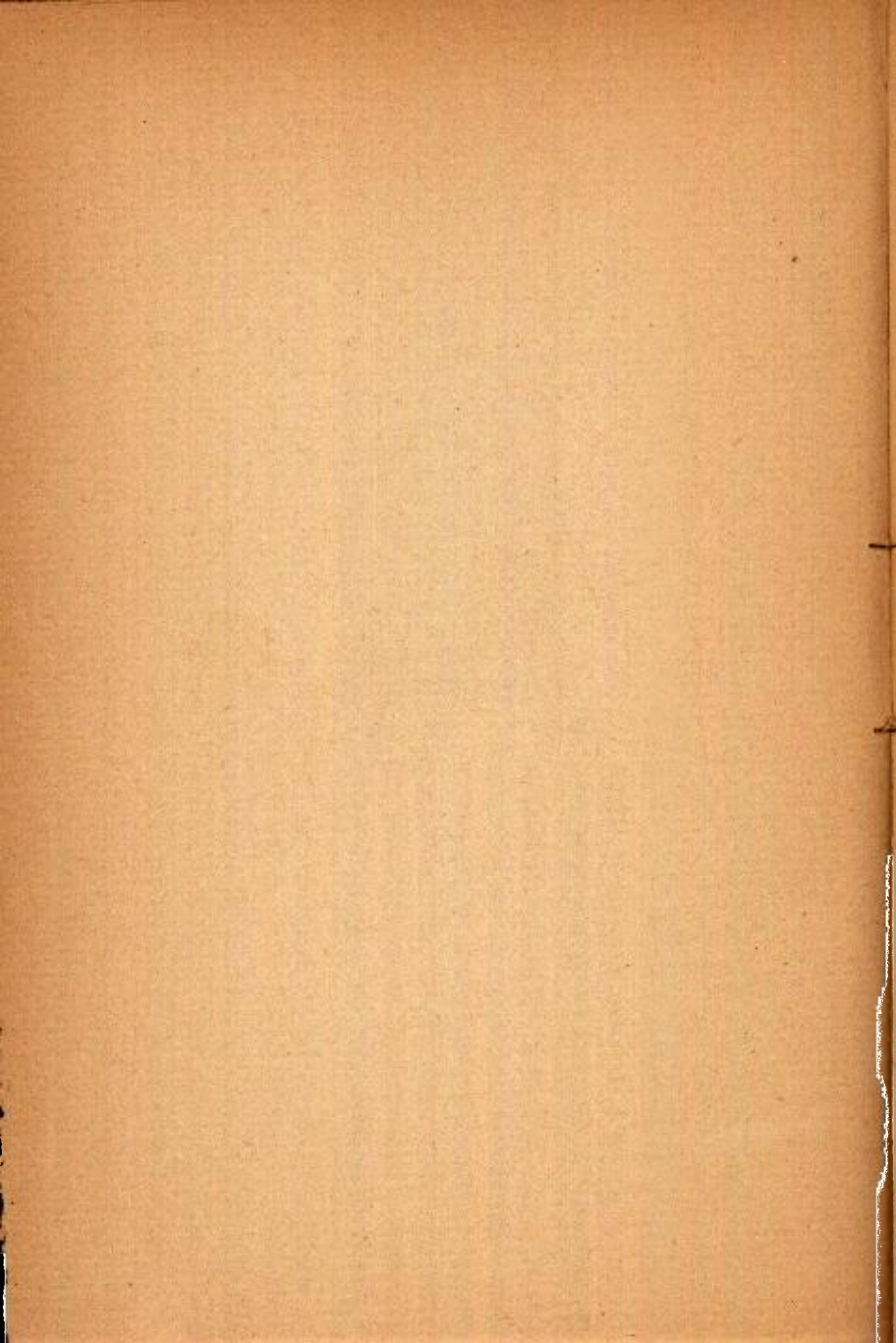
—No, amada. Nuestro destino está cumplido, y es demasiado tarde para despertar.

En la noche, todo permanecía inmóvil. Y una tristeza densa, implacablemente angustiosa, parecía ascender del fondo de la sombra.

Y la desesperanza penetraba sutil y lentamente en nuestros corazones.

El más alto triunfo de un héroe es matar el alma cuando el alma aulla de dolor.

CAPITULO XI



Una sombra palpitante nos envolvía.

De entre los árboles nacían rumores armoniosos que tenían como el encanto de otra vida.

Susurros tenuísimos revelaban el latir de millares de existencias invisibles, eternamente secretas para nuestra breve visión terrenal.

El color del cielo, el olor del bosque, el canto de algún pájaro, algún tembloroso rayo de luz, suscitaban en nuestros corazones lejanos recuerdos que creíamos muertos para siempre.

Perla, estremecida, convulsa, pare-

cía una víctima martirizada por el suplicio.

Como un tormento anhelante plasmaba su alma y endurecía rígidamente su figura, semejante á una estatua de dolor.

Nuestros pensamientos, rotos, como arrastrados por una corriente de fiebre, se perdían en abismos tenebrosos.

El aroma de todas las vidas dispersas en el bosque, nos excitaba, como si el aliento madre de la Naturaleza, penetrara en nuestras venas.

Toda su vida, toda su existencia tan amada, parecía disolverse en mi espíritu.

Y diríase que nacía entre nosotros algo secreto, angustioso, fatalmente perecedero, algo como la trágica y final llamarada de una lámpara que se

apaga, algo tan desgarrador como el tiempo que huye, algo tan sutil y tan profundamente triste como una sonrisa que se extingue en un rostro enfermo.

Esa voluntad desesperada, que es como la conciencia viva de mi tortura, me condenaba otra vez y para siempre á la soledad sin término, á una soledad de piedra, de sed y de tinieblas, donde todas las angustias pudieran clavar en mis entrañas sus picos insaciables.

—Amado, ¿qué tienes? Cambias incessantemente, y cada día, cada instante mejor dicho, percibo que te alejas más, y noto en ti una hostilidad que me hace sufrir indeciblemente, y me espanta pensar que ya no eres mío, que no has sido más que un espectro que ha sonreído un instante

bajo la lámpara, y que ha huido con las primeras luces del alba.

—Amada, resucita en mí, siempre taciturno y siempre trágico, el condenado irremediable, el que lleva indeleble en su cuello la huella ensangrentada del último suplicio.

La hebrea se acercó á mí implorante y humilde, convertida otra vez en despojo, en pobre criatura agobiada por todas las pesadumbres de la vida, y tembló encogida y leve como un pequeño corazón herido.

Sentí que sus lágrimas humedecían mi piel, y á través del velo de dolor y de sombra fosforeció su rostro como si lo iluminara repentinamente un inverosímil fulgor de los cielos.

Yo sentía una pena lacerante, una piedad angustiosa, y hubiera querido tener luz en mi alma para envolver á

la amada en claridades sobrenaturales; pero nada podía hacer ya, nada sino sufrir el dolor de su vida miserablemente fracasada, y mi dolor tenazmente forjado por la desgracia.

Yo pude soportar todo el dolor del mundo cuando mis pupilas vislumbaban muy lejos la aurora, cuando esperaba en mí, y cuando esperaba en la fuerza, en la fe, en la pasión de una criatura que me pareció divina, pero en ese límite de horror y de frío en que nuestra vida parece congelada, en que nuestro pensamiento no es sino una niebla, y en que un hielo de inexistencia inmoviliza todas nuestras energías, yo no era ya más que una sombra que se hundía en la eternidad.

El cielo aquella noche era de un sombrío brillar de lapizlázuli, y la luna llenaba el paisaje de claridades

que tenían el fulgor líquido del rocío y la irisada dulzura de la perla.

Del bosque, macizo de sombra, venía como ese rumor obscuro, persistente, eternal, de las conchas marinas.

Un pájaro de la noche pasó sobre la floresta rozando las hojas, y sus hojas aterciopeladas se deslizaron en el aire ágiles, lentas y suaves como una caricia.

En la tienda, Perla se desnudó silenciosamente, con vacilante incoherencia de sonámbula.

Yo la contemplaba, y me parecía cada vez más alejada, más distante, más árida, más tenebrosa, sin aquel calor de amor que encendía mi sangre con fanáticos ardores.

Una repulsión acre, misteriosa, vivísima, me hizo odiar sus cabellos, que tenían la fragancia de un aire de

primavera; su rostro, que tenía la expresión violentamente cruel de la pasión, su cuerpo devorado por la fiebre implacable y despreciable de lujuria, la horrible caverna de voluptuosidad de su sexo.

Despreciar, huir de esa partícula de radium genérico escondido en el fondo de una corola de carne, y recobrar aquella pura fuerza, aquella integridad concentrada, aquel caudal de potencias que no tiene vitalidad fresca, dinámica y plena, sino en la soledad perfecta, en el noble recogimiento hecho de renunciaciones, de meditación y de silencio.

Sufriamos, reconociendo cruda é irremediablemente la realidad de nuestro dolor, sintiendo como algo tangible y espantosamente vivo la tragedia cercana, que se deslizaba

en la sombra, pálida é inexorable.

Ella no habló más y su rostro pareció consumirse en las tinieblas.

Aquella noche, los amados objetos familiares, el encanto salvaje y fiero de la tienda en los desiertos africanos, el abandono del mañana iluminado por un mismo sol y hechizado por el alma de la mujer, las perspectivas indefinidas de un extraño viaje impreciso, las exaltaciones de los días de sol y las divinas crueldades de las noches vivas por nuestros gritos de amor y por el aullido de las fieras, tuvieron para mí una melancolía llena de crispaciones.

Y, sin embargo, como un huracán surgido de las entrañas del misterio, me arrastraba hacia lo desconocido, hacia la incertidumbre nómada del futuro, hacia horizontes que señala-

ban el límite de la muerte ó de la nada.

Diríase que en mi alma resucita en todas las horas de paz uno de esos árabes herméticos que no pueden amar sino la voz del viento en el desierto y el fulgor de las estrellas en las noches de soledad.

Todo lo he abandonado en el camino: recuerdos que son como el florido jardín del pensamiento, amores que pudieron darme la ilusión del ensueño y la dulzura del olvido, presentimientos de felicidad, ansiedades que nos abren todos los cielos de la quimera.

Perla dormía con ese sueño convulso, lleno de sollozos, de temblores, de rechinar de dientes, que atormenta á los que van á morir.

Lejos se vislumbraba el primer claror rosado y frío del alba.

Junto á la tienda, se percibía cálido y vigoroso el respirar de los caballos, y aún brillaban en la sombra las ascuas caducas de una hoguera.

Antes de la próxima tarde, Perla habría llegado á su patria, á la tierra susí, rara como un delirio, y pronto la criatura de amor, de condenación, de llama, de lujuria, me habría olvidado en otros brazos más jóvenes, más ávidos, más plenos de alegre y fuerte inconsciencia.

El corazón de la mujer es todo el corazón de la vida, múltiple, ambigua, infinita.

Sigilosamente, como un asesino, abandoné la tienda.

No tuve para la amada hebrea, para la pobre criatura que envejecía entre llamas, implorando siempre la limosna de amor, ni una mirada, ni uno de

esos besos últimos, definitivos, que dejan en los labios un sabor inolvidable, de dolor, de lágrimas, de muerte.

Y huí...

Una vez más desgarré mi alma con mis propias manos implacables, y una vez más, solo, frío y trágico como el destino, fui hacia el sol, hacia el sol inaccesible, que nacía en Oriente, horriblemente rojo como un corazón ensangrentado.

FIN